

**TRATADO DE
TEOLOGÍA**

Adventista
del
Séptimo Día

9



**TRATADO
DE TEOLOGÍA**

*Adventista del
Séptimo Día*





TRATADO DE TEOLOGÍA

*Adventista del
Séptimo Día*



ASOCIACIÓN CASA EDITORA SUDAMERICANA
Av. San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste
Buenos Aires, República Argentina

Título del original: *Handbook of Seventh-day Adventist Theology*, Review and Herald Publishing Association, Hagerstown, MD, Estados Unidos, 2000.

Dirección editorial: Aldo D. Orrego

Traducción: Tulio N. Peverini, Miguel A. Valdivia, Silvia González, David P. Gullón

Diagramación del interior y de la tapa: Rosana Blasco

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición

MMIX- 6M

Es propiedad. Copyright de la edición original en inglés © 2000 Review and Herald Publ. Assn.

© Asociación Casa Editora Sudamericana (2009).

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-567-569-8

Iglesia Adventista del Séptimo Día. Asociación General.

Tratado de teología adventista del séptimo día / Dirigido por Aldo D. Orrego - 1ª ed. -

Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009.

1.193 p. ; 24 x 16 cm.

Traducido por: David P. Gullón... [et.al.]

ISBN 978-987-567-569-8

1. Teología doctrinal adventista. I. Aldo D. Orrego, dir. II. David P. Gullón, trad.
CDD 230.67

Se terminó de imprimir el 30 de septiembre de 2009 en talleres propios (Av. San Martín 4555, B1604C DGI Florida Oeste, Buenos Aires).

EDITORES

Dirección editorial
GEORGE W. REID

Editor de la obra en inglés
RAOUL DEDEREN

Editora asistente
NANCY J. WEBER DE VYHMEISTER

Editores asociados
FRANK B. HOLBROOK
HERBERT KIESLER
EKKEHARDT MÜLLER
GERHARD PFANDL
WILLIAM H. SHEA
ÁNGEL MANUEL RODRÍGUEZ

Editor de la obra en castellano
ALDO D. ORREGO

Comisión del Instituto de Investigación Bíblica

Niels-Erik Andreassen
Kai Arasola
Dalton D. Baldwin
John T. Baldwin
Bert B. Beach
Enrique Becerra
Ivan T. Blazen
W. Floyd Bresee
Ernest Bursey
Gordon E. Christo
James A. Cress
Richard M. Davidson
D. Davis
Raoul Dederen
Wilson Endruveit
Edgar Escobar
Arthur J. Ferch
Robert S. Folkenberg
John M. Fowler
Erwin Gane
D. F. Gilbert
Paul Gordon

Madelyn J. Haldeman
Gerhard F. Hasel
Frank B. Holbrook
William G. Johnsson
John R. Jones
D. Robert Kennedy
Herbert Kiesler
Gregory A. King
Miroslav M. Kiš
Robert J. Kloosterhuis
Samuel Koranteng-Pipim
Donn Leatherman
Jairong Lee
Pedrito Maynard-Reid
Alfred C. McClure
Bertram Melbourne
Kenneth J. Mittleider
Ekkehardt Müller
Deane Nelson
Jan Paulsen
Gerhard Pfandl
Robert L. Rawsona

George W. Reid
George E. Rice
Calvin B. Rock
Ángel Manuel Rodríguez
Siegfried Roeske
Ariel A. Roth
William H. Shea
Tom Shepherd
Ronald Springett
Janice Staab
Artur Stele
G. Ralph Thompson
Peter M. van Bemmelen
Mario Veloso
Juan Carlos Viera
Nancy J. de Vyhmeister
Werner K. Vyhmeister
Mervyn Warren
Lloyd Willis
Ted N. C. Wilson
Gerald R. Winslow
Randall W. Younker

CONTRIBUYENTES

Al momento de editarse la obra en inglés, estos contribuyentes ocupaban (o habían ocupado) los cargos mencionados, y los indicados con una † habían fallecido.

Andreasen, Niels Erik A.	Profesor de Antiguo Testamento, Presidente de la Universidad Andrews
Bemmelen, Peter M. van	Profesor de Teología, Universidad Andrews
Blazen, Ivan T.	Profesor de Nuevo Testamento, Universidad de Loma Linda
Bradford, Charles E.	Ex Presidente de la División Norteamericana
Brunt, John C.	Profesor de Nuevo Testamento, Vicepresidente de Asuntos Académicos, Walla Walla College
Cairus, Aecio E.	Profesor de Antiguo Testamento, Instituto Adventista Internacional de Estudios Avanzados
Canale, Fernando L.	Profesor de Teología y Filosofía, Universidad Andrews
Davidson, Richard M.	Profesor de Antiguo Testamento, Universidad Andrews
Dederen, Raoul	Profesor emérito de Teología Sistemática, Universidad Andrews
Fowler, John. M.	Director asociado, Departamento of Educación, Asociación General
Hasel, Gerhard F.†	Ex Profesor de Antiguo Testamento, Universidad Andrews
Holbrook, Frank B.	Director asociado, Instituto de Investigación Bíblica
Johnsson, William G.	Editor de la <i>Adventist Review</i> , Asociación General
Kiesler, Herbert	Director asociado, Instituto de Investigación Bíblica
Kiš, Miroslav M.	Profesor de Ética, Universidad Andrews
LaRondelle, Hans K.	Profesor emérito de Teología, Universidad Andrews
Lehmann, Richard P.	Presidente de la Unión Franco-Belga
Nam, Daegeuk	Profesor de Teología, Universidad Coreana Sahmyook
Reid, George W.	Director, Instituto de Investigación Bíblica
Rice, George E.	Pastor de la Asociación de Chesapeake, División Norteamericana
Rock, Calvin B.	Vicepresidente de la Asociación General
Rodríguez, Ángel Manuel	Director asociado, Instituto de Investigación Bíblica
Shea, William H.	Director asociado, Instituto de Investigación Bíblica
Strand, Kenneth A.†	Profesor de Historia Eclesiástica, Universidad Andrews
Veloso, Mario	Secretario asociado, Asociación General
Vyhmeister, Nancy J. Weber de	Profesor de Misión, Universidad Andrews
Webster, Eric Claude	Editor de la <i>Signs of the Times</i> , Sudáfrica

CONTENIDO

Materiales introductorios	
Al lector	ix
Prefacio	x
Cómo usar este <i>Tratado</i>	xiii
Abreviaturas	xvi
Glosario	xx
1. ¿Quiénes son los adventistas del séptimo día?	1
<i>Nancy J. Weber de Vyhmeister</i>	
2. Revelación e inspiración	27
<i>Peter M. van Bemmelen</i>	
3. Interpretación bíblica	68
<i>Richard M. Davidson</i>	
4. Dios	121
<i>Fernando L. Canale</i>	
5. Cristo: Su persona y obra	182
<i>Raoul Dederen</i>	
6. Hombre	233
<i>Aecio E. Cairus</i>	
7. Pecado	265
<i>John M. Fowler</i>	
8. Salvación	308
<i>Ivan T. Blazen</i>	
9. Muerte: Su origen, naturaleza y destrucción final	357
<i>Niels-Erik A. Andreasen</i>	
10. Resurrección y glorificación	394
<i>John C. Brunt</i>	
11. Santuario	426
<i>Ángel Manuel Rodríguez</i>	
12. Creación	473
<i>William H. Shea</i>	
13. Ley de Dios	517
<i>Mario Veloso</i>	

CONTINIDO

14. Sábado	556
<i>Kenneth A. Strand</i>	
15. Iglesia	606
<i>Raoul Dederen</i>	
16. Ritos: Bautismo / Lavamiento de los pies / Cena del Señor	655
<i>Herbert Kiesler</i>	
17. Dones espirituales	686
<i>George E. Rice</i>	
18. Mayordomía	731
<i>Charles E. Bradford</i>	
19. Estilo de vida y comportamiento cristianos	759
<i>Miroslav M. Kiš</i>	
20. Matrimonio y familia	815
<i>Calvin B. Rock</i>	
21. Salud y curación	846
<i>George W. Reid</i>	
22. Apocalíptica bíblica	884
<i>William G. Johnsson</i>	
23. Juicio divino	918
<i>Gerhard F. Hasel</i>	
24. Remanente y mensajes de los tres ángeles	964
<i>Hans K. LaRondelle</i>	
25. Segunda venida de Jesús	1003
<i>Richard P. Lehmann</i>	
26. Milenio	1039
<i>Eric Claude Webster</i>	
27. Tierra Nueva y reino eterno	1061
<i>Daegeuk Nam</i>	
28. Gran conflicto	1085
<i>Frank B. Holbrook</i>	
Índice selectivo de textos bíblicos	1129
Índice general alfabético	1137

AL LECTOR

Con la presencia de representantes del mundo entero reunidos en el Centro Keniata de Nairobi, Kenia, con motivo del Concilio Anual de 1988 de la Junta Ejecutiva de la Asociación General, los dirigentes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día [IASD] trabajaron con el fin de encontrar los medios más eficaces para fortalecer la unidad entre un cuerpo de creyentes esparcidos en más de 220 países; es decir, feligreses con entornos sociales y culturales muy diversos. La fe y práctica comunes a todos, de importancia vital para la iglesia apostólica en expansión, se reconoció como igualmente esencial para el cuerpo de creyentes en Cristo que vive en el tiempo del fin.

En vista de la necesidad expresada en el párrafo anterior, el concilio autorizó la prepa-

ración de una obra que reseñara cuidadosamente las enseñanzas bíblicas que sustentan al dinámico Movimiento Adventista. Este libro es esa obra. Se requirieron más de 10 años para terminar este proyecto, dirigido por el Instituto de Investigación Bíblica. El editor declara en su prefacio que el propósito de esta obra es proveer, tanto a los creyentes como a los interesados, una exploración razonada y centrada en la fe de estas verdades tal como las conciben los adventistas del séptimo día.

Esta ocasión ofrece al Instituto la oportunidad de expresar su sincero aprecio a Raoul Dederen, quien, con una combinación única en su género de compromiso cristiano, habilidad teológica, sabio juicio, tacto y tenacidad, trabajó arduamente para llevar esta obra a buen término.

George W. Reid

*Director del Instituto de Investigación
Bíblica de la Asociación General*

SANTUARIO

Ángel Manuel Rodríguez

Introducción

La muerte y la resurrección de Cristo se hallan en el centro mismo del plan de salvación. El Calvario fue la respuesta final de Dios a la difícil situación humana. Se describe el sacrificio de Cristo como “una vez para siempre” (Hebreos 10:10), válido “siempre”, y por lo tanto irreplicable (vers. 12). Nada puede añadirse a la cruz para complementar su poder propiciatorio y expiatorio. Jesús, quien en su propia vida fue vencedor sobre el tentador (Mateo 4:1-11; Hebreos 4:15), vino para destruir las obras del diablo (1 Juan 3:8). Su victoria sobre las fuerzas del mal hace posible nuestra victoria sobre el pecado (Apocalipsis 12:11), así como la erradicación final del mal de nuestro mundo (Apocalipsis 20:9-15). El énfasis del NT sobre la finalidad de la muerte expiatoria de Cristo indujo a algunos a concluir que su obra para nuestra salvación se terminó en la cruz. Esto requiere una clarificación adicional.

Después de realizar la obra para la cual había venido a la tierra (Juan 17:4, 5; 19:30), Cristo fue “tomado [...] al cielo” (Hechos 1:11), para “salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25), hasta que en la segunda venida, aparecerá “sin relación con el pecado, para salvar

a los que le esperan” (Hebreos 9:28). Entre estos dos polos, la cruz y el glorioso regreso del Señor, Cristo sirve como sacerdote real, como “ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (Hebreos 8:2), como el abogado (1 Juan 2:1) e intercesor para los que creen en él (Romanos 8:34). Como nuestro sumo sacerdote, Cristo está aplicando los beneficios de su sacrificio a los que se acercan a él; ministerio que es tan esencial para nuestra salvación como su muerte expiatoria.

El ministerio sacerdotal de nuestro Sumo Sacerdote celestial estaba prefigurado en el sistema de sacrificios del AT, especialmente como se ve en el Santuario hebreo, hecho según un “modelo” que Dios le mostró a Moisés (Éxodo 25:9) y que señalaba al Santuario celestial. Los servicios del Santuario fueron un libro de texto sobre la salvación. Por esta razón, el estudio del Santuario y sus servicios no solo clarifica el significado de los rituales que se realizaban allí, sino que también arroja luz sobre el ministerio celestial de Cristo.

I. EL SISTEMA DE SACRIFICIOS DEL AT

B. EL SISTEMA DE SACRIFICIOS EN LA ERA PATRIARCAL

1. Origen del sistema de sacrificios
2. Características generales del sistema
3. Sacrificios específicos

C. EL SISTEMA DE SACRIFICIOS ISRAELITA

1. El santuario israelita
2. El sacerdocio
3. Los sacrificios y las ofrendas

D. FUNCIONES DEL SISTEMA DEL SANTUARIO DEL AT

1. Aspectos teológicos del Santuario israelita
2. El Santuario, el pacto y la naturaleza del pecado/impureza
3. Solución del problema del pecado

II. EL SACERDOCIO DE CRISTO EN EL AT

B. LIMITACIONES DEL SISTEMA TÍPICO

C. SUPERIORIDAD DEL NUEVO ORDEN

1. Mejor pacto
2. Mejor Santuario
3. Mejor sacerdocio
4. Mejor sangre/sacrificio

III. EL MINISTERIO DE CRISTO EN EL SANTUARIO CELESTIAL

B. Ceremonia de inauguración del santuario celestial

1. Daniel y la ceremonia de inauguración del Santuario celestial

2. Hebreos y la ceremonia de inauguración del Santuario celestial.
3. Apocalipsis y la ceremonia de inauguración del Santuario celestial

B. OBRA INTERCESORA DE CRISTO: SERVICIOS DIARIOS

1. La mediación y los servicios diarios
2. Aspectos específicos de la intercesión de Cristo

C. OBRA DE JUICIO DE CRISTO: EL DÍA DE LA EXPIACIÓN

1. El Día de la Expiación en Hebreos
2. El Día de la Expiación en Daniel
3. El Día de la Expiación en Apocalipsis

D. RESUMEN

IV. IMPLICANCIAS DEL SACRIFICIO Y EL SACERDOCIO DE CRISTO PARA LA EXPERIENCIA CRISTIANA

V. EL SACERDOCIO DE CRISTO EN LA HISTORIA

- A. LA IGLESIA PRIMITIVA
- B. EDAD MEDIA Y REFORMA
- C. PERÍODO MODERNO

D. PENSAMIENTO ADVENTISTA

VI. COMENTARIOS DE ELENA DE WHITE

- A. LOS SERVICIOS DEL SANTUARIO
- B. EL SACRIFICIO DE CRISTO
- C. EL SANTUARIO CELESTIAL
- D. LA OBRA SUMOSACERDOTAL DE CRISTO

VII. BIBLIOGRAFÍA

APÉNDICE A

TAHÁGA EN HEBREOS

- A. HEBREOS 8:1, 2
- B. HEBREOS 9:1-10
- C. HEBREOS 9:11, 12
- D. HEBREOS 9:24, 25
- E. HEBREOS 10:19, 20

APÉNDICE B

HEBREOS 6:19, 20

I. EL SISTEMA DE SACRIFICIOS DEL AT

Al explorar la riqueza y la profundidad de la doctrina bíblica del sacerdocio de Cristo, debemos considerar el testimonio tanto del AT como del NT. Para el cristiano, ambos Testamentos forman una unidad indivisible de revelación divina. Hay un Autor de las Escrituras que en el pasado se reveló a sí mismo por medio de diversos instrumentos, y que ahora nos ha hablado mediante el Hijo (Hebreos 1:1, 2). Se sugiere la unidad de esa revelación por su énfasis en un solo Salvador. Jesús mismo dijo que las Escrituras “dan testimonio de mí” (Juan 5:39), y que Moisés escribió sobre él (vers. 46). En el camino a Emaús, Cristo abrió las Escrituras a dos discípulos, “y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían” (Lucas 24:27). Las Escrituras solo dan testimonio de un evangelio eterno de salvación (Apocalipsis 14:6), proclamado a Israel, así como también a nosotros (Hebreos 4:2). En el AT Dios reveló el evangelio a su pueblo por medio de profecías, símbolos y tipos mesiánicos (ver Interpretación III. E. 3). Por lo tanto, en nuestro esfuerzo para entender la obra de nuestro Señor, prestaremos atención a lo que dicen ambos Testamentos ya que se iluminan mutuamente.

A. EL SISTEMA DE SACRIFICIOS EN LA ERA PATRIARCAL

El sacrificio pertenece a la misma infraestructura de la teología y la religión de la Biblia. Es interesante notar que el origen del sacrificio no se declara explícitamente en ninguna parte del AT. La primera vez que se menciona uno no se da ninguna razón particular y no se trata el asunto de su origen (Génesis 4:2-5). En registros subsiguientes, el significado del sacrificio está implícito, pero no se trata abiertamente.

1. Origen del sistema de sacrificios

El sistema de sacrificios del AT se originó inmediatamente después de la caída. Dios se reveló a sí mismo en el Edén como el Redentor de la raza humana. A Adán y Eva no se les aplicó el castigo de la muerte eterna inmediatamente porque el Señor proveyó un medio de redención a través del cual acabaría con la serpiente, el diablo, y sus obras (Génesis 3:15; cf. Romanos 16:20; Hebreos 2:14). El acto misericordioso de Dios al proporcionar vestidos de piel a Adán y Eva fue, de hecho, una promesa de redención; cuando colocamos Génesis 3:21 en su contexto teológico, la muerte implícita del animal llega a ser un acto sacrificial.

Después de haber pecado, Adán y Eva estaban destinados a experimentar la muerte definitiva (Génesis 2:17). Sorprendentemente, se les preservó la vida. Pero precisamente en ese contexto de amenaza para la vida tuvo lugar la muerte de un animal. La pena de muerte no se ejecutó en ellos sino en el animal. La muerte del animal proporcionó los medios para restaurar su relación con el Señor. De la muerte surgieron la esperanza y la restauración. El hecho de que Dios hiciera los vestidos y vistiera a la errante pareja indica que el Señor hizo por ellos lo que no podían hacer por sí mismos. Misericordiosamente los capacitó para que se acercaran a él, para vivir en su presencia. Más tarde esos mismos conceptos pertenecen a la teología del santuario en el AT. Lo que está en forma embrionaria o solo es objeto de alusión en Génesis 3, en el sistema sacrificial del pueblo de Israel deviene un cuerpo teológico de ideas perfectamente desarrollado. Adán y Eva ya se estaban beneficiando del sacrificio de Cristo.

2. Características generales del sistema

En las narraciones patriarcales la adoración y el sacrificio son algo inseparable. Un lugar de culto o adoración se identificaba por su altar (Génesis 8:20; 12:7; 26:25). En Génesis se mencionan varios sacrificios o actos propiciatorios, pero el holocausto parece haber sido el más común (Génesis 8:20; 22:3, 7). Sin embargo, se hace referencia a la libación en 35:14. El término 'sacerdote' se usa por primera vez en 14:18 para designar a Melquisedec, rey de Salem, que adoraba al "Dios Altísimo". Abraham lo reconoció como legítimo sacerdote al darle los diezmos. Como sacerdote, Melquisedec recibió el diezmo y bendijo al patriarca (vers. 18-20; ver Mayordomía I. C. 3).

3. Sacrificios específicos

a. Los sacrificios de Caín y Abel. En la mayoría de los sacrificios que se mencionan en las narraciones patriarcales hubo derramamiento de sangre. La excepción significativa es el que trajo Caín (Génesis 4:3). Según Hebreos 11:4, Abel ofreció su sacrificio por fe y Dios lo aceptó. La ofrenda de Caín no fue una expresión de fe sino de sus propias convicciones. La fe de Abel en el sacrificio expiatorio de Cristo se reveló en una obediencia incuestionable. El que presentó Abel ilustra lo que es un sacrificio. Ofrecer un sacrificio re-

quería la combinación de una actitud interior adecuada y obediencia a los rituales externos. Cada vez que Dios aceptaba un sacrificio, aceptaba también al oferente. Por lo tanto, un sacrificio era un instrumento en la preservación de la relación personal con Dios (Génesis 4:7).

b. El sacrificio de Noé. La siguiente mención de los sacrificios se encuentra en Génesis 8:20. Noé ofreció holocaustos al Señor después del Diluvio. El contexto sugiere que esos sacrificios fueron una expresión de gratitud por el cuidado amante de Dios hacia Noé y su familia. Parece que también estuvo presente la idea de expiación. La narración declara que Dios "percibió olor grato"; aceptó el sacrificio y decidió que no volvería a destruir con agua a las criaturas vivientes (vers. 21). Al aceptar el sacrificio Dios se comprometió a restaurar y preservar su relación con la humanidad.

c. El sacrificio de Abrahán (Génesis 22).

Dios probó a Abraham pidiéndole que le presentara a Isaac como una ofrenda encendida (vers. 1,2). De esa manera se le dio a Abraham la oportunidad de revelar la verdadera fuerza de su fe. Dios intervino y salvó la vida de Isaac, terminando así la prueba. Pero la narración no termina aquí. El Señor proporcionó un carnero para ser sacrificado en lugar de Isaac, indicando la importancia de la sustitución propiciatoria. Se requirió la muerte de la víctima sacrificial para preservar la vida de Isaac y la relación entre Dios y Abraham. En Génesis 20 y 21 se describe a Abraham como alguien que no siempre caminó intachablemente ante el Señor. Mintió con respecto a su esposa Sara (Génesis 12:10-20; 20:1-18) y no esperó a que el Señor cumpliera la promesa de darle un hijo (Génesis 21:7). Con todo, el Señor le pidió que orara por el rey y le dio un hijo por medio de Sara. Dios pareció ignorar el pecado de Abraham. La tensión entre un Dios que condena el pecado y que, sin embargo, usa como su instrumento a un hombre que había violado el pacto se resuelve en Génesis 22. Dios estaba dispuesto a retirarle la promesa al patriarca, dejándolo sin futuro y poniendo fin al pacto. Pero cuando Abraham mostró, por medio de su fe, su disposición para restaurar la relación del pacto con Dios, el Señor proporcionó la víctima propiciatoria que se necesitaba para expiar su pecado y restaurar su futuro (Génesis 22:13-18).

Más tarde se construyó el templo en el monte Moriah, donde se hizo el sacrificio. El monte fue llamado simbólicamente, “Jehová proveerá” (vers. 14), como un testimonio de lo que Dios hizo por Abraham. El autor bíblico añade: “Por tanto se dice hoy: En el monte de Jehová será provisto” (vers. 14), indicando que el pueblo se había apropiado de la experiencia de Abraham. Cada vez que iban al monte del Señor, creían que el Señor proveería un sustituto para ellos también. Se entendió que la salvación venía del Señor, trayendo la liberación por medio del sacrificio sustituto (cf. Isaías 53).

B. EL SISTEMA DE SACRIFICIOS ISRAELITA

El libro de Éxodo presenta el Santuario israelita como un centro de adoración, meditación y sacrificio. Describe la estructura física y los muebles de aquel singular lugar. El libro también da instrucciones concernientes a la consagración de los sacerdotes y proporciona algunas de las ideas teológicas más importantes asociadas con el Santuario. El libro de Levítico detalla el sistema de sacrificios, los servicios del Santuario, y las festividades.

1. El Santuario israelita

El concepto arquitectónico de la estructura era sencillo: el primer departamento era el “Lugar Santo” (Éxodo 28:29), y el segundo, el “Lugar Santísimo” (Éxodo 26:33). El atrio del tabernáculo, con su entrada hacia el este, estaba protegido por una cortina. La entrada del tabernáculo también estaba protegida con una cortina suspendida de cinco columnas de madera de acacia recubiertas con oro que descansaban sobre sendas bases de bronce (vers. 37). Los dos departamentos dentro del tabernáculo estaban separados por un velo ricamente bordado con figuras de querubines que colgaba de cuatro columnas de madera recubiertas de oro (vers. 31-33). La estructura del tabernáculo estaba formada por armazones de madera recubiertos de oro que descansaban sobre bases de plata (vers. 15-30) y estaban protegidos por las cuatro cortinas del tabernáculo (vers. 1-14).

En el atrio había una *altar de sacrificios* con un cuerno en cada una de sus cuatro esquinas (Éxodo 27:1-8). En todo el AT se asocia al altar con la presencia del Señor; por medio de él los israelitas tenían acceso al Señor (Sal. 43:4). Los sacerdotes

usaban una *fuelle de bronce*, que estaba entre el altar y la entrada al Santuario (Éxodo 30:17-21), para lavarse las manos y los pies antes de officiar en el altar o antes de entrar en el tabernáculo (vers. 20). Era un símbolo apropiado de la limpieza espiritual del pecado (cf. Hechos 22:16; Efesios 5:26; 1 Corintios 6:11).

Dentro del Santuario, en el Lugar Santo, en el lado norte, había una *mesa* (Éxodo 25:23-30). Sobre ella había 12 panes, vino e incienso. Estos elementos le recordaban a Israel que Dios les proveía su pan cotidiano y que al final les proporcionaría el “pan de vida” (Juan 6:48-51). En el lado opuesto a la mesa, hacia el sur, estaba el *candelabro* hecho de oro puro decorado con copas en forma de flor de almendro y manzanas. Su forma, un tallo central con tres brazos a cada lado (Éxodo 25:31-40) y el uso de terminología floral, evoca un árbol de la vida estilizado. Zacarías asocia el candelabro con la omnipresencia de Dios (Zacarías 4:11) y con el poder del Espíritu del Señor (vers. 6). En el NT, Cristo es la luz del mundo (Juan 8:12). *El altar del incienso*, colocado cerca del velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, tenía un cuerno en cada esquina (Éxodo 30:1-10). Se usaba para quemar incienso dos veces al día ante el Señor, representando de esa manera las oraciones que ascendían a Dios (cf. Sal. 141:2). Según el NT, los méritos de Cristo son la fragancia que hace que nuestras oraciones sean aceptables delante del Señor (Efesios 5:2; Apocalipsis 5:8; 8:3, 4).

El arca del pacto estaba ubicada en el Lugar Santísimo y era una caja de madera recubierta con oro puro por dentro y por fuera (Éxodo 25:10-22). Dios ordenó a Moisés que pusiera en ella las tablas con los Diez Mandamientos (vers. 16). Estaba cubierta por una plancha de oro puro, llamada el “propiciatorio” (*kappdret*, ‘lo que expía’); sobre esta cubierta había dos querubines, uno frente al otro. Entre los querubines se revelaba la gloria de Dios, concediendo perdón a los pecadores arrepentidos. El arca simbolizaba la presencia de Dios en medio de su pueblo. Allí revelaba su voluntad a Israel (vers. 22). Allí mostraba su disposición a expiar los pecados de su pueblo. Allí estaba simbolizada la presencia del Señor como rey y gobernante de Israel, que cuidaba a su pueblo y suplía sus necesidades (1 Samuel 4:3; Salmo 80:1; 99:1).

2. El sacerdocio

Al parecer, Dios tenía el propósito de tener representantes de todas las tribus de Israel para servir en el Santuario, pero durante el incidente del becerro de oro en el Sinaí, solo la tribu de Leví permaneció leal al Señor; razón por la cual los levitas fueron elegidos para servir en el Santuario en lugar de los primogénitos de Israel (Éxodo 32:25-29; Números 3:11-13; 8:16-18). El sacerdocio llegó a ser hereditario, perteneciendo exclusivamente a la familia de Aarón (18:6,7), mientras que el resto de la tribu servía en tareas relacionadas con el Santuario. Las responsabilidades del sacerdote eran muchas y variadas, pero su tarea principal era religiosa: ser mediador entre Dios y su pueblo.

a. Representantes de Dios ante el pueblo.

Enseñaban la *torah* al pueblo, es decir, mostraban las instrucciones de Dios para la nación (Deuteronomio 33:10; Levítico 10:11). Estrechamente relacionado con esta actividad, estaba el deber sacerdotal de revelar la voluntad de Dios a los que buscaban la dirección divina, en particular mediante el *Urim* y el *Tumim* (Números 27:21), dos piedras preciosas colocadas en el pectoral del sumo sacerdote por medio de las cuales Dios proporcionaba respuestas cuando se le consultaba. Los sacerdotes también tenían la función de ser jueces en el Santuario. De hecho, el tribunal superior de la tierra operaba en el Santuario (Deuteronomio 21:5; 17:8-13). Además de esto, los sacerdotes tenían la responsabilidad de bendecir al pueblo en el nombre de Dios (Números 6:22-27; Deuteronomio 10:8).

b. Los representantes del pueblo ante Dios.

Eso se ilustraba simbólicamente mediante las dos piedras preciosas colocadas sobre las hombreras del *efod*, o vestidura sacerdotal del sumo sacerdote. En cada una de ellas estaban grabados los nombres de seis de las tribus de Israel (Éxodo 28:9-12). Las doce piedras preciosas sobre el pectoral tenían la misma función (vers. 29). El pueblo tenía libre acceso a la presencia de Dios en la persona del sacerdote. Pero la función mediadora de los sacerdotes alcanzaba su significado supremo por medio del sistema de sacrificios. Durante los servicios diarios (*tamid*), los sacerdotes llevaban a cabo varios ritos importantes. Colocaban sobre el altar del holocausto un sacrificio por la mañana y otro a la caída de la tarde (Levítico 6:9, 12,13; Números 28:3-8). Como una parte del *tamid* el sumo

sacerdote entraba en el Lugar Santo para preparar las lámparas y para quemar incienso ante el Señor (Éxodo 30:7, 8). Los sacerdotes presentaban los sacrificios que les traían los israelitas para hacer expiación por ellos (Levítico 1:5-9; 4:25, 26). El sumo sacerdote oficiaba cuando se ofrecía un sacrificio en favor de la comunidad (vers. 1-21). Como representante del pueblo ante Dios, se le permitía entrar en el Lugar Santísimo una vez al año. En el Día de la

Expiación, realizaba rituales específicos para limpiar el Santuario de los pecados e impurezas de los hijos de Israel, haciendo definitiva la purificación diaria (Levítico 16; 23:26-32). Los deberes de los sacerdotes y del sumo sacerdote señalaban simbólicamente a Cristo como nuestro mediador ante el Padre.

Los levitas ayudaban a los sacerdotes (Números 18:1, 5). También guardaban el Santuario (Números 1:53; 3:28). Su principal tarea era desarmar, transportar, y volver a armar el Santuario (Números 1:48-54). Sin embargo, no participaban en las funciones sacerdotales (Números 18:3).

3. Los sacrificios y las ofrendas

Las necesidades espirituales de los israelitas se satisfacían fundamentalmente por medio del sistema de sacrificios que les permitía expresar su devoción y adoración, sus necesidades y sentimientos más profundos. Cada sacrificio tenía su significado especial.

a. *La ofrenda encendida u holocausto* (hebreo, '*olah*', 'ofrenda que asciende') se quemaba íntegramente sobre el altar. La persona que lo traía colocaba sus manos sobre la cabeza de la víctima (Levítico 1:4) y preparaba el animal para que el sacerdote realizara el ritual de sangre y colocara el sacrificio sobre el altar. Este sacrificio podía ser un sacrificio para pagar votos o una ofrenda voluntaria (Levítico 22:17-19). También era una ofrenda expiatoria por medio de la cual la persona era aceptada ante el Señor. En 1 Samuel 13:12, el holocausto estuvo asociado con la idea de "implorar el favor de Jehová", frase usada a menudo en el contexto de la ira o desagrado del Señor (Éxodo 32:11; 1 Reyes 13:6). De esa manera, aparece el holocausto en el contexto de propiciación. Era una expresión de adoración, gratitud, acción de gracias, gozo, y de consagración total del oferente a Dios. Como el individuo estaba constantemente

en necesidad de perdón, también era un medio de expiación.

b. La ofrenda o sacrificio de paz (*slamin*, 'ofrenda de paz-bienestar'), era un sacrificio voluntario que se traía como una ofrenda de acción de gracias, votiva o de buena voluntad (Levítico 7:11-18). El sacrificio era una ocasión gozosa (ver 1 Samuel 11:14,15; 1 Reyes 8:63) y servía para fortalecer la relación del pacto por medio de la comunión con Dios y con otros israelitas (Deuteronomio 27:7). La mayor parte de la carne era dada al oferente que la comía delante del Señor con su familia y sus amigos (Levítico 7:15). Parte de ella iba para el sacerdote (vers. 32-34). La imposición de manos y la aspersión de la sangre indican que este sacrificio tenía también una función expiatoria (Ezequiel 45:15,17).

c. La ofrenda por el pecado era un sacrificio para la remoción del pecado. Cuando el sacerdote o la comunidad pecaban por yerro se ofrecía un tipo diferente de esta ofrenda (Levítico 4:1-21), y otro cuando un laico israelita pecaba por yerro, o involuntariamente (vers. 27-31). El procedimiento para cada uno era ligeramente diferente. Cuando el sacerdote traía el sacrificio, se aspergía la sangre dentro del tabernáculo y se ponía una parte en los cuernos del altar del incienso. El resto de la sangre se derramaba en la base del altar de los sacrificios y la carne del animal se quemaba fuera del Santuario. En el caso de un laico, parte de la sangre se colocaba en los cuernos del altar del holocausto y el resto se derramaba en la base del altar. Este sacrificio expiaba cualquier violación de la ley del pacto hecha por yerro.

Según Levítico 5:1-6, este sacrificio también expiaba la violación deliberada de la voluntad de Dios, porque los pecados enumerados son deliberados. (La expresión "aun sin darse cuenta" podría traducirse "dándose cuenta" [vers. 2, 4]). El pecado deliberado no estaba fuera de la función del sistema de sacrificios. Solo los pecados cometidos con soberbia no se perdonaban porque el individuo se había separado completamente del Señor (Números 15:30). En resumen, la ofrenda por el pecado expiaba los pecados por yerro o los cometidos inadvertidamente que contaminaban moral, ética o ritualmente a la persona. También expiaban el pecado intencional cuando el individuo revelaba voluntariamente una mala acción, un pe-

cado, o un estado de impureza. Este sacrificio estaba relacionado con el problema de la impureza moral o del culto.

d. La ofrenda por la culpa liberaba a la persona de un estado de culpa en la que había incurrido ante el Señor por el mal uso involuntario de algo sagrado, así como en casos de sospecha de pecado (Levítico 5:15,17; Números 6:12). El Señor permitía que el pecador trajera una ofrenda por la culpa a fin de restaurar la paz mental. También se requería una ofrenda por la culpa para la expiación del pecado de hacer mal uso intencional de la propiedad de alguien y negarlo (Números 5:5-8) y por tener relaciones sexuales con una sierva que ya estuviera desposada (Levítico 19:20-22). Siempre que fuera posible, se requerían la restitución y la compensación además del sacrificio. El procedimiento para este sacrificio era el mismo que para la ofrenda por el pecado (Levítico 7:7). La única diferencia era que su sangre "se rociaba alrededor sobre el altar" (vers. 2) y no se colocaba en los cuernos. Por medio del sacrificio se hacía la expiación por el pecador arrepentido (Levítico 5:18).

e. La ofrenda encendida era una ofrenda en la que no había derramamiento de sangre. El término *minhah*, traducido como 'ofrenda de comida' significa 'don', 'tributo'. Esta ofrenda acompañaba todos los holocaustos y todas las ofrendas de paz y consistía en trigo, ya fuera en grano o harina, aceite e incienso (Números 15:3-11). La ofrenda de bebida, o libación, hecha de uvas, probablemente se derramaba en la base del altar del holocausto. Como una ofrenda de los frutos de la tierra, la *minhah* era un reconocimiento de las misericordiosas provisiones de Dios. Es posible que también fuera una expresión de la disposición de la persona para preservar la relación del pacto con el Señor (Levítico 2:13).

Los diferentes sacrificios indicaban que el sistema sacrificial contemplaba todas las necesidades espirituales de Israel. Algunos eran principalmente expiatorios, como las ofrendas por la culpa y el pecado. Otras no enfatizaban la expiación aunque hacían expiación por la persona (ej., varias clases de ofrendas de paz). Adoración, consagración, acción de gracias, gozo, devoción, comunión, compañerismo, lealtad al pacto, expiación y mucho más se expresaba por medio del sistema de sacrificios. El hecho de que cada sacrificio incluyera un elemento expiatorio indica que sin él, ninguno de los dones que el pueblo traía era aceptable

al Señor. La riqueza teológica del sistema sacrificial judío señalaba simbólicamente al valor infinito y a la eficacia de la muerte expiatoria de Cristo.

C. FUNCIONES DEL SISTEMA DEL SANTUARIO DEL AT

Para entender mejor el significado tipológico del Santuario y su contribución a la comprensión del ministerio sumo sacerdotal de Cristo, deben estudiarse en detalle sus diferentes funciones.

1. Aspectos teológicos del Santuario israelita

La orden de Dios de que se le edificara un Santuario entre los israelitas vino después de que salieron de Egipto e hicieron un pacto con él (Éxodo 25:8). Esto sugiere que la redención es anterior a la libre entrada al Santuario porque únicamente aquellos que han sido redimidos y han entrado en una relación de pacto con Dios pueden gozar la plena comunión con él. En cierto sentido, el Santuario es un intento de restaurar la condición edénica de una comunión íntima con Dios.

a. Lugar de reunión. El Santuario es un lugar de reunión para Dios y para los humanos. Su nombre, “tabernáculo de reunión”, muestra esta función: proporcionar un espacio donde puedan reunirse Dios y su pueblo (Éxodo 40:32). La idea de encontrarse con Dios es muy importante en el libro de Éxodo. Dios, a través de Moisés, hizo una cita con los israelitas en el Sinaí (Éxodo 3:12). Viajaron a ese monte preparados para la reunión (Éxodo 19:10,11), y al tercer día se reunieron con el Señor (vers. 18). El Sinaí llegó a ser el primer Santuario israelita (Éxodo 19:12; 24:2-5,12). El Santuario hebreo perpetuó la experiencia del Sinaí, lugar donde Dios se encontró con su pueblo (Éxodo 29:43; Sal. 68:17).

b. Centro de la revelación divina. En el Sinaí se reveló la gloria de Dios (Éxodo 24:16,17); más tarde residió en el Santuario (Éxodo 40:34, 35). Esa gloria no era meramente el resplandor de su presencia (Éxodo 24:17), sino, de una manera especial, el misterio de su Persona. La luz impenetrable de su gloria daba testimonio de su inmanencia y su trascendencia (Éxodo 33:18-23). Dios continuó revelando su voluntad a su pueblo desde el santuario. Los Diez Mandamientos, proclamados por Dios en el Sinaí (Éxodo 20:1-17), fueron proclamados ahora desde el santuario (Éxodo

25:22). También desde el Santuario Dios reveló su poder como rey y juez; poder que alcanzó más allá de los límites de Israel hasta el mundo entero (Éxodo 15:17,18; 23:23; Amos 2:5). Su presencia localizada en el Santuario no lo limitaba de ninguna manera.

c. Centro de adoración. Para los israelitas, encontrarse con Dios en el Santuario era un acto de adoración (*cf.* Sal. 95:6). Esto fue particularmente cierto durante las festividades cuando venían con gozo para alabar al Señor (Salmo 68:24-26; 132:7). El pueblo de Israel también iba al santuario con sus preocupaciones y necesidades esperando encontrar refugio y consuelo en Dios (Salmo 43:2, 4,5). A veces iban para confesar su pecado y buscar el perdón del Señor a fin de ser contados entre los justos (Salmo 32:1, 2, 5, 11). Allí recibían la bendición y la justicia del Señor (Salmo 24:3-5).

d. Lugar de acceso al Santuario celestial. De acuerdo con Éxodo 25:9, el tabernáculo debía construirse siguiendo el “diseño” (*tabnit*) que el Señor le mostró a Moisés sobre el monte Sinaí (*cf.* vers. 40). Este concepto necesita estudio porque arroja luz sobre la verdadera naturaleza del Santuario israelita. El sustantivo *tabnit* se deriva del verbo *banah*, 'construir'. En el AT, *tabnit* se refiere a la estructura (Salmo 144:12), un diseño o modelo para un edificio (2 Reyes 16:10; 1 Crónicas 28:11-19), una imagen o figura de algo (Deuteronomio 4:16,18. Salmo 106:20; Isaías 44:13; Ezequiel 8:10; 10:8), o una réplica o símil (Josué 22:28). Generalmente describe un objeto tridimensional y en la mayoría de los casos presupone la existencia de un original.

La cuestión es si *tabnit* en Éxodo 25:9 es un modelo que señala al Santuario celestial como el original. Si puede mostrarse que en la fe israelita hubo una conciencia de la existencia de un Santuario celestial, el uso de *tabnit* en Éxodo señalaría a ese original. El AT testifica que detrás del Santuario terrenal, había una estructura más sublime, una morada de Dios en el cielo. Esa morada celestial fue mostrada a Moisés y sirvió como modelo para el Santuario que iba a construir. En los Salmos y en los libros proféticos se encuentran referencias al Santuario celestial. El salmista afirma que el trono de Dios está en su santuario (Salmo 11:4) y que desde su morada celestial el Señor observa lo que acontece en la tierra (Salmo 33:13,14;

102:19; 113:5,6). Se usa una terminología muy diversa para referirse a la morada celestial de Dios: “Santo templo” (Miqueas 1:2; Habacuc 2:20); “templo” (2 Samuel 22:7; Salmo 18:6); “santuario” (Salmo 60:6; 150:1); “morada” o “lugar” (Isaías 18:4; Miqueas 1:3); y posiblemente, “casa” (Salmo 36:8). Como la morada de Dios está en el cielo, no es extraño encontrar “cielos” (*samayim*) usado como una designación para su “santuario” celestial (Salmo 20:6; 102:19), así como también “lugar de tu morada” (1 Reyes 8:39, 43, 49). Incluso el trono de Dios se usa como una metonimia para su santuario celestial (Salmo 11; 4; 93:2; Daniel 7:9).

Estos dos santuarios, el celestial y el terrenal, estaban íntimamente relacionados. El terrenal proporcionaba un punto de acceso al celestial (Isaías 6:1-7). La eficacia del Santuario israelita estaba determinada por su relación con el Templo celestial de Dios y Salomón era totalmente consciente de la relación entre ambos. Oró para que siempre que una persona hiciera un voto en el Templo de Jerusalén, Dios lo oyera desde el cielo y actuara (1 Reyes 8:31, 32); que en cualquier momento que el pueblo pidiera perdón, él oyera en los cielos y perdonara sus pecados (v. 34; cf. vers. 36, 39, 43). La eficacia de los rituales que se llevaban a cabo en el Santuario terrenal dependía de lo que sucedía en el celestial. A esa realidad celestial apunta el término *tabnit* en Éxodo 25:9, 40. Como el terrenal estaba diseñado de acuerdo con el celestial, podemos señalar ciertas correspondencias entre ellos. Primero se sugiere una correspondencia funcional. El Santuario celestial es el lugar del universo donde el Dios trascendente se encuentra con sus criaturas celestiales. Salomón preguntó: “Pero, ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?” (1 Reyes 8:27). Dios no puede ser circunscrito por el espacio y sin embargo condesciende a morar entre sus criaturas, entrar en su esfera de acción, morar en la tierra y en el cielo con el fin de hacerse accesible a ellas (cf. vers. 29, 30).

Este templo celestial, lugar de reunión para Dios y sus criaturas, es también un centro de adoración. Allí, los ángeles de Dios, sus huestes celestiales y “todas sus obras, en todos los lugares de su señorío” lo alaban como el Señor entronizado en los cielos (Sal. 103:19-22). Allí también les revela su voluntad y ellos escuchan y obedecen

(vers. 20, 21). El concilio celestial lo alaba porque es incomparable (Sal. 89:5-7). Desde el Santuario celestial, Dios se relaciona con su pueblo en la tierra, no solo oyendo sus oraciones sino también descendiendo y rescatándolo de sus angustias y de la opresión de sus enemigos (Sal. 18:6, 14-19; 20:2, 6). Más importante aún, desde su morada en el cielo concede perdón a su pueblo (1 Reyes 8:30, 34, 49, 50), y le enseña el buen camino (vers. 36).

Si el Santuario celestial sirvió de alguna manera como modelo para el terrenal, debe haber algún tipo de relación estructural entre ambos. Esta correspondencia no debe definirse en función del tamaño o los materiales usados en la construcción del Santuario terrenal, sino más bien en el concepto arquitectónico de la estructura. El concepto arquitectónico puede tomar diferentes formas y tamaños, y pueden usarse materiales diferentes para construir la estructura, pero el concepto que sirve de base permanece inalterado. La estructura de dos departamentos del Santuario terrenal señala, no solo a un Santuario celestial con dos partes, sino también al ministerio en dos fases de Cristo en ese lugar. Por supuesto, el Santuario celestial es infinitamente superior al terrenal. Esto se esperaría de un lugar en el universo que une lo finito con lo infinito, al Creador con sus criaturas, al Dios trascendente con su creación.

2. El Santuario, el pacto y la naturaleza del pecado-impureza

a. Pacto y santidad. La naturaleza de Dios es inflexiblemente santa (Levítico 19:2). Su santidad lo define como singular y separado del mundo de pecado y muerte que experimentan los seres humanos. Entrar en una relación de pacto con Dios significa que se permite al hombre que participe en su santidad (Éxodo 19:6). Cuando se instituyó el pacto se leyó la ley al pueblo y la sangre de las víctimas de los sacrificios fue rociada sobre el altar, simbolizando la presencia de Dios y del pueblo (Éxodo 24:5-8). Se invitó al pueblo a imitar la santidad de Dios por medio de la obediencia a la ley del pacto (Levítico 19:2; 20:7,8). El pecado y la impureza podían poner en peligro o romper esta relación de pacto.

b. Pecado y pacto. El vocabulario para pecado en el AT es abundante (ver Pecado II. A). Dentro del contexto de los servicios del Santuario, son particularmente importantes tres posturas res-

pecto del pecado. La primera entiende el pecado (*het'*, 'pecado', 'falta', 'errar el blanco') como el fracaso en la realización de un deber particular, por ejemplo, obedecer la ley del pacto (Levítico 4:2; Isa. 42:24). La segunda designa al pecado (*'awdn*, 'iniquidad', 'perversión') como una actividad torcida o mala, una perversión de lo que es recto (por ejemplo Job 33:27). En tercer lugar, la verdadera naturaleza del pecado se expresa con la palabra *pesa'* ('crimen', 'rebelión'). El término se usaba para referirse a la violación del pacto entre dos naciones (2 Reyes 1:1; 8:20, 22). En un contexto teológico *pesa'* define el pecado como un acto de rebelión contra el pacto y el Señor del pacto (Isaías 1:2; Jeremías 3:13; Amós 2:4, 6-8). El término *pesa'* describe a los seres humanos como poseedores de un espíritu naturalmente hostil hacia Dios. Debido a que se rebelaron contra él (Génesis 3), el pecado ahora está entretejido misteriosamente en la naturaleza humana (Salmo 51:5; 143:2). El problema se localiza en el corazón humano y de allí el pecado pasa a la vida (Jeremías 11:8; 17:9; 18:12). Esta pretensión de independencia de Dios lleva la relación de pacto a su fin.

c. Impureza y pacto. El propósito principal de las regulaciones del culto giraba en torno a los polos opuestos de la santidad y la impureza. La santidad es extraña a los seres humanos y a la creación en general; es posesión exclusiva de Dios. Él santifica objetos, lugares, tiempo, y de una forma muy particular santificaba a su pueblo (Levítico 22:9, 16). Un contacto impropio entre lo santo y lo común resulta en profanación; un contacto entre lo santo-puro y lo impuro resulta en contaminación. La impureza y la inmundicia amenazan prácticamente todas las cosas; incluso lo limpio puede llegar a caer bajo su poder (Levítico 11:39).

Hablando teológicamente, "impureza" era una metáfora que expresaba el alejamiento de Dios y de los semejantes. La persona inmundada no debía entrar en contacto con otras personas y se la excluía del Santuario. Tal persona no tenía relaciones significativas y, por lo tanto, estaba muerta para la sociedad. Por eso, en Levítico, se asocia fundamentalmente a la impureza con la esfera de la muerte y la enfermedad (Números 6:6, 7, 11; Levítico 13; 14).

La persona impura entraba en la esfera de la muerte. Privada de la interacción social con la comunidad del pacto y del acceso al Señor del pacto

en el Santuario, la persona quedaba fuera de la relación del pacto. Esta forma de considerar la impureza indica que pecado e impureza son, en esencia, sinónimos. Ambos terminan la relación a través de violaciones voluntarias o involuntarias de la ley del pacto,

d. Reacción de Dios ante el pecado-impureza. Dios no es indiferente a las violaciones del pacto que comete su pueblo. Su preocupación por la lealtad de su pueblo se basa en el hecho de que fuera de la relación del pacto, reina la muerte. Salir de la relación del pacto es entrar en el reino de la muerte, la impureza y el alejamiento de Dios. La persona que se separa del Señor incurre en culpa y lleva su propia iniquidad (Levítico 4:3; 5:2-4). La frase, "llevar su iniquidad o pecado" se usa en el AT en el sentido de ser "culpable por su propia iniquidad" (Levítico 5:1,17; 17:16; 19:17; 20:17, 20) y, por lo tanto, está expuesto al castigo (Levítico 7:20, 21; 19:8). La violación de la ley del pacto provoca la ira de Dios (Levítico 26:28), y esa ira puede tomar la forma de disciplina o castigo redentor (vers. 14-26). También puede llevar a la disolución de la relación de pacto (vers. 27-33) y, finalmente, a la muerte (cf. Levítico 15:31; 18:24-28).

3. Solución del problema del pecado

La solución del problema del pecado entre los israelitas no era esencialmente diferente de lo que había sido en el sistema religioso patriarcal. Dios deseaba perdonar el pecado de su pueblo y lo mostró por medio del sistema de sacrificios. En el Santuario se proporcionaba el perdón (Levítico 4:20) y la limpieza (Levítico 12:8) que necesitaba el pecador arrepentido. Para ser perdonados, los que estaban bajo la convicción de su pecado traían al Señor una víctima para el sacrificio (Levítico 5:5, 6). El sistema de sacrificios funcionaba dentro de un marco de referencia redentor y legal que consideraba grave cualquier violación del pacto. Dentro de ese contexto, el perdón era un regalo divino, una manifestación gloriosa del amor de Dios. En esencia, el sistema de sacrificios israelita era el don de amor de Dios para el pueblo del pacto. Dios dio a los israelitas la sangre de los sacrificios como un medio de expiación (Levítico 17:11). Por su gracia concedió el sacerdocio a Aarón y sus hijos (Números 18:7). Los levitas, elegidos para ayudar a Aarón fueron el don de Dios a los sacerdotes (vers.18:6).

Los servicios del Santuario ilustraban la forma en que el Señor trata el problema del pecado. Consistían en dos servicios: los rituales diarios y el servicio anual del Día de la Expiación. Un examen de estos debería proporcionarnos una mejor comprensión del plan de Dios para la solución final del problema del pecado mediante Cristo,

a. Servicios diarios

Los sacerdotes servían cada día en el atrio y en el lugar santo del tabernáculo en favor del pueblo de Dios. Dos veces por día se ofrecía un sacrificio público para todos (Éxodo 29:38-42). Además, los pecadores arrepentidos iban al Santuario llevando sus sacrificios, buscando la expiación por medio de la mediación del sacerdote. Los diversos aspectos de estos sacrificios merecen nuestra atención.

1. *La imposición de manos.* Se colocaban las manos sobre cada animal para el sacrificio, pero solo en Levítico 16:21, donde el pecado y la impureza eran transferidos al macho cabrío para Azazel, está conectado específicamente el ritual con la transferencia del pecado. El acto de imponer las manos también se practicaba en ocasiones no relacionadas con el culto para expresar la idea de transferencia y, en algunos casos, sustitución (Levítico 24:14; Números 8:10; 27:18-23). En el sacrificio diario el pecador arrepentido transfería a la víctima su pecado-impureza. Este ritual parece haber estado acompañado, al menos en algunos casos, por una confesión del pecado por parte del penitente (Levítico 5:5, 6; 16:21).

2. *El sacrificio del animal.* Generalmente, el que ofrecía el sacrificio mataba la víctima, aunque algunas veces la degollaba el sacerdote (Levítico 1:14,15; 5:8). El pecado y la penalidad no pueden separarse uno de otro. Se transferían al sacrificio tanto el pecado como su castigo.

3. *Ritual de comer la carne.* De acuerdo con la legislación levítica, una porción de la carne de la ofrenda por el pecado pertenecía a los sacerdotes y debía comerse en un lugar santo (Levítico 6:17, 18, 25, 26; 7:6, 7). Al comer la carne de la víctima sacrificial el sacerdote llevaba los pecados del pueblo y de esa manera hacía expiación (Levítico 10:17). Ese acto vicario no afectaba su santidad. El pecador iba al Santuario llevando pecado y lo transfería a la víctima sacrificial. Finalmente, el sacerdote cargaba el pecado y lo llevaba ante el Señor haciendo así expiación por el pecador

(Éxodo 28:38). Cuando un sacerdote traía un sacrificio por su propio pecado, no se le permitía comer la carne del sacrificio. No podía llevar su propio pecado sin morir (Levítico 22:9).

4. *Ritual de la sangre.* La sangre de algunas víctimas para el sacrificio era llevada al lugar santo por el sacerdote y aspergida siete veces frente al velo (Levítico 4:6). Rociar podía significar consagración (Éxodo 29:21; Levítico 8:11) o limpieza (Levítico 14:7,51; 16:19; Números 8:7). Siempre que no se comía la carne, se llevaba la sangre al lugar santo, haciendo intercambiables estos dos rituales. Su significado era el mismo: se llevaba el pecado ante el Señor, se transfería al santuario.

Levítico 17:11 dice, “porque la vida [nepes] de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas [nepes]”, y la misma sangre hará expiación de la persona [nepes]”. Dios asignó a la sangre del animal del sacrificio una función expiatoria en favor del pueblo, aceptándola a cambio de la vida de la persona. Esta interpretación de los rituales de sangre era válida para toda la sangre de los sacrificios (vers. 8). La función expiatoria de la sangre como vida está limitada en el versículo 11 a su uso en el altar. La sangre pertenece exclusivamente a Dios y al devolverle la sangre del sacrificio sobre el altar, se permitía a los pecadores transferir su pecado al Santuario por medio de un sacerdote mediador. Es decir, por el momento, el Santuario asumía su pecado y culpa. Dios aceptaba el sacrificio como un sustituto por el pecador. En anticipación de la ofrenda definitiva por el pecado, la sangre mediadora propiciaba y expiaba el pecado del que la ofrecía.

5. *Valor expiatorio de todos los sacrificios.* Todos los sacrificios tenían una función expiatoria, pero la fuerza expiatoria del sacrificio estaba determinada por el ritual de la sangre y por lo que sucedía con la carne de la víctima. El ritual de la sangre de la ofrenda por el pecado era complejo debido a que su función principal era hacer expiación por el pecador. La sangre de la ofrenda por la culpa se arrojaba o se derramaba a los lados del altar del holocausto y el sacerdote comía la carne. La restitución y la compensación también se requerían en el ritual de sangre. La sangre del holocausto, un sacrificio de propósitos múltiples, se arrojaba a los lados del altar y sobre él se quemaba toda la víctima del sacrificio. La función principal

de la ofrenda de paz no era expiatoria, pero la imposición de las manos y el hecho de derramar la sangre a los lados del altar sugiere un aspecto expiatorio.

Como todos los sacrificios fortalecían o establecían buenas relaciones entre Dios y la persona, cada sacrificio tenía, en algún grado, una función expiatoria. Más que cualquier otro libro del AT, Levítico indica que los seres humanos son esencialmente impuros, nunca libres para acercarse a Dios por sí mismos. Cada sacrificio con sangre trataba el problema existencial, aun cuando la función primaria del sacrificio no fuera expiatoria.

6. *El holocausto continuo.* Siempre había un holocausto en el altar a favor del pueblo de Israel (Éxodo 29:38-42; Números 28:3-8), indicando que la aceptación diaria de la nación por Dios solo era posible por medio del cordero sacrificado sobre el altar. Como nación, Israel dependía del constante poder expiatorio de este sacrificio.

7. *Transferencia y contaminación.* Hay un sentido en el cual la transferencia del pecado, en relación con los sacrificios diarios, no contaminaba la víctima, el sacerdote o el santuario. La violación de la santidad del Santuario era una contaminación, pero en ese caso el pecador debía morir (por ej., Levítico 15:31; 20:2, 3; Números 19:13). El pecado se transfería al sacrificio, al sacerdote y al Santuario; pero todos ellos permanecían santos. Aquí se nos presenta una paradoja. La persona que llevaba la carne de la ofrenda por el pecado fuera del campamento para quemarla, debía lavar sus vestidos y su cuerpo antes de regresar al campamento (Levítico 16:27, 28). Por otra parte, la carne del animal, descrita como “santísima” (Levítico 6:25), era una fuente de contaminación. Las cenizas de la vaca alazana (Números 19:1-10) se mezclaban con agua y se rodaban sobre una persona que había tocado un cadáver para purificarla (vers. 11-13). Sin embargo, la persona que rociaba el agua de la purificación quedaba contaminada (vers. 21). En este rito estaban juntas la purificación y la impureza. Algo semejante ocurría con la sangre: en algunos aspectos era una fuente de impureza (Levítico 12:7); en otros, era un medio de purificación.

En el contexto de la expiación, la santidad y el pecado, la vida y la muerte, la pureza y la impureza, estaban unidos en una relación paradójica e inimaginable. El Señor los pone juntos, y de este

encuentro surgen victoriosos la expiación y el perdón. El instrumento santo se ponía en contacto con el impuro y, sin embargo, permanecía santo, proporcionando una notable prefiguración del misterio del sacrificio de Cristo (2 Corintios 5:21).

Los servicios diarios contribuían a la solución del problema del pecado, proporcionando al individuo y a la nación un medio diario de expiación. Por medio del sacrificio y la mediación sacerdotal, se transfería el pecado del penitente a la víctima del sacrificio. Dios permitió a los israelitas que le devolvieran la sangre sobre el altar, por medio del ministerio del sacerdote, como sustituto por la vida del pecador. Dios asumía la responsabilidad por el pecado en el sentido de que estaba dispuesto a eliminar la iniquidad (*awdn*), la transgresión (*pesa*) y el pecado (*het'*) de su pueblo por medio del perdón (Éxodo 34:7).

b. Servicio anual: Día de la Expiación

Una vez al año, el sumo sacerdote podía entrar al Lugar Santísimo (Levítico 16). En ese día, el Santuario israelita alcanzaba su culminación y su meta final. El propósito del Día de la Expiación incluía varios elementos íntimamente relacionados.

1. *Purificación final del pueblo.* El Santuario iba a ser purificado “a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados” (Levítico 16:16; cf. vers. 21, 30, 34). La acumulación de estos términos designa todas las clases de pecado, dando a entender que los pecados expiados en el Día de la Expiación no se limitaban a ninguna categoría de error. Los rituales del Día de la Expiación purificaban el Santuario y los altares (Levítico 16:16, 18; Éxodo 30:10). Sin embargo, esos rituales beneficiaban al pueblo debido a que su purificación era definitiva. Esto se indica en Levítico 16:33: “Y hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación”. El espacio “contaminado” era el Santuario, y se hacía la expiación para purificarlo. Pero, como por medio de los servicios diarios se transferían al Santuario el pecado y la impureza de los israelitas, su eliminación en el Día de la Expiación hacía definitiva su purificación.

2. *Dios juzgaba a Israel.* En el Santuario, Dios desempeñaba las funciones de juez de su pueblo. En los salmos que se usaban en los servicios del templo, a menudo se alaba a Dios como

juez de su pueblo y del mundo (Salmo 9:19; 50:4). Él es el único que juzga a Israel y el salmista no tiene temor de ser juzgado por él (Salmo 7:7,8). Dios, como juez, escudriña las mentes y los corazones de los justos (Salmo 7:9; 139:1, 23). Es Dios quien vindica al justo en el juicio (Salmo 17:2; 26:1, 2; 35:24; 43:1).

El Día de la Expiación era una santa convocación, un día en el que el pueblo debía afligirse o humillarse (Levítico 23:27). El mismo verbo ('humillar') aparece con 'ayuno' en Isaías 58:3, 5, pero humillarse incluía probablemente más que ayunar (*cf.* Sal. 35:13). Ayunar expresaba la dependencia y necesidad que el individuo tenía de Dios. En el Día de la Expiación, los israelitas sentían y expresaban su dependencia de Dios y su deseo de preservar la relación del pacto con el Señor, porque solo él podía purificarlos definitivamente.

Ese día era también de descanso, un sábado ceremonial, durante el cual no debía hacerse ningún trabajo (Levítico 16:31; 23:28). Todos los israelitas debían humillarse ante el Señor, dependiendo totalmente de él y absteniéndose de toda actividad secular. El reposo del pueblo contrasta con la actividad del sumo sacerdote en el Santuario. Mientras ellos reposaban, él estaba ocupado en su favor delante del Señor. Ellos no podían lograr la purificación definitiva por medio de sus acciones, el sacerdote debía efectuarla por ellos.

En el mismo día, el Señor juzgaba a los israelitas. Evaluaba si se habían humillado o no, si habían dependido o no de su poder purificador y de su gracia perdonadora (Levítico 23:29). También evaluaba si estaban descansando o no en él (Levítico 23:30). Los que no se afligían y no reposaban en el Señor eran encontrados culpables y ya no podían ser parte del pueblo de Dios (vers. 30). La persona que por el orgullo y la confianza propia rechazaba la gracia expiatoria de Dios, hacía inútil el beneficio de los servicios diarios.

3. *Vindicación de Dios y de su Santuario.*

Por medio de los sacrificios diarios los pecados confesados de los pecadores arrepentidos eran transferidos al Santuario de Dios. Al pecado y la impureza solo se les permitía entrar en la misma presencia de Dios para hacer expiación por ellos. Pero ni siquiera los pecados expiados podían permanecer indefinidamente en la santa morada de Dios. Mientras aquellos pecados permanecieran, la solución del problema del pecado todavía no era definitiva. El Día de la Expiación proclamaba que

la santidad y el pecado, la pureza y la impureza, no tenían nada en común. El pecado y la impureza eran elementos extraños que Dios permitía que permanecieran temporalmente en su presencia para preservar a los que él amaba. Pero en un momento apropiado, Dios eliminaría de su presencia aquellos elementos y a los que eligieran identificarse con el pecado-impureza. En el Día de la Expiación, Dios devolvía el pecado-impureza a su verdadera fuente y autor. El segundo macho cabrío por el pueblo era para Azazel; es decir, representaba a Azazel (Levítico 16:8). Si bien el significado de este nombre no es claro, el paralelismo que existe entre la frase "por Jehová" y "por Azazel" indica que Azazel era un ser personal, probablemente una figura demoníaca. Azazel entra en escena después que Aarón ha terminado la purificación del Santuario. Este macho cabrío no estaba involucrado en los rituales expiatorios del Día de la Expiación. Este macho cabrío llevaba todas las iniquidades del pueblo de Israel (Levítico 16:22; *nasa 'awon*). Aquí la frase no significa llevar vicariamente el pecado de alguien porque solo aquí aparece la frase, "llevará sobre sí todas las iniquidades", seguido por un destino: una tierra inhabitada. La expresión significa, "llevar las iniquidades" al desierto y no tiene matices expiatorios. El rito del chivo emisario era un rito de eliminación del pecado-impureza, no un acto sacrificial.

La colocación del pecado-impureza sobre el macho cabrío que representaba a Azazel indicaba el origen demoníaco del pecado-impureza y lo devolvía a su lugar de origen. Este poder demoníaco, lejos de ser una amenaza para el Señor, está controlado por él. Mientras que Israel reposa, el Señor revela su poder sobre el mal y las fuerzas demoníacas. Por lo tanto, el Día de la Expiación es una proclamación de la soberanía de Dios y de la supremacía de la santidad sobre el pecado-impureza. Esto señala, sin duda, a la consumación del plan redentor de Dios para la raza humana por medio de Cristo.

El servicio diario y el anual en el Santuario israelita estaban entrelazados en la solución del problema del pecado en el AT. En vez de eliminar al pecador de su presencia, el Señor purificaba al pecador para preservar la relación del pacto. En los servicios diarios, el pecado-impureza del penitente se transfería, mediante un sustituto sacrificial, al Santuario, y la persona quedaba en paz con Dios. Una vez al año la expiación diaria llegaba a

su consumación en la remoción del pecado-impureza de la presencia de Dios, haciendo definitiva la purificación diaria. En el Día de Expiación Dios examinaba la calidad del compromiso de fe de su pueblo. Los que mantenían su relación diaria de fe con el Señor, eran preservados; los que la violaban y rechazaban eran separados permanentemente de

la comunidad del pacto. Dios mostró ser amante y poderoso, capaz de salvar y de vencer las fuerzas del pecado. De esa manera el sistema de sacrificios del AT bosquejaba en sombras y tipos el plan de redención centrado en la venida del Redentor mesiánico.

II. EL SACERDOCIO DE CRISTO EN EL NT

A. LIMITACIONES DEL SISTEMA TÍPICO

Este análisis del cumplimiento tipológico del sistema de sacrificios en Cristo, se concentra en Hebreos y Apocalipsis. Sin embargo, puesto que la interpretación sacrificial de la muerte de Cristo se encuentra en todo el NT, también examinaremos otros textos. El sistema de tipos tenía serias limitaciones; el reconocimiento de este hecho no es solamente un fenómeno del NT. El salmista sabía que era imposible para los seres humanos redimirse por sí mismos, pagar un precio por sus propias vidas (Sal, 49:7). Solo Dios podía pagar el rescate (vers. 15). El sacrificio era solo la expresión de un corazón contrito que buscaba el perdón de Dios (Sal. 51:16-19). El AT señalaba a un momento en el que aquellas limitaciones serían quitadas mediante el sacrificio perfecto del Siervo del Señor (Isa. 52:3-53:12), descrito como el Cordero perfecto que sufrió una muerte sacrificial vicaria (vers. 11).

El NT identifica las limitaciones del sistema antiguo para magnificar la grandeza del nuevo. Por eso en Hebreos se considera que el pacto con Israel tenía una función temporal limitada (8:7-13). El Santuario israelita era solo una sombra, un tipo, una copia del Santuario original del cielo, no el verdadero (8:2, 5). El sacerdocio levítico era inadecuado porque no podía alcanzar la perfección (Hebreos 7:11), es decir, no podía quitar el problema del pecado. Para ilustrarlo: el sacerdocio levítico típico solo podía imitar el ministerio sacerdotal genuino de Cristo, quien a través de su sacrificio y mediación podía, verdaderamente, “quitar el pecado” (Hebreos 9:26; 10:4).

B. SUPERIORIDAD DEL NUEVO ORDEN

El interés pastoral de la epístola a los Hebreos se expresa en exposiciones y exhortaciones. Pa-

rece que la fe de los creyentes a los cuales fue dirigida la carta se había deteriorado, de modo que se sentían atraídos una vez más a la fe y las prácticas judías. El autor de Hebreos los exhorta a permanecer fieles a la fe que una vez habían aceptado (3:13,14; 4:1; 12:12,13). A lo largo de la carta el escritor aboga por la superioridad de la obra de Cristo respecto del sistema ritual de sacrificios, recalcando la ineficacia de este último para purgar el pecado, así como la naturaleza repetitiva de sus servicios frente al sacrificio de Cristo, hecho una vez para siempre, “para quitar de en medio el pecado” (9:26). Hebreos contrasta el viejo y el nuevo orden para demostrar que por medio de Cristo había tenido lugar un éxodo nuevo y superior. Los logros del nuevo éxodo son, de largo, mejores que los del antiguo, y la redención que había iniciado es eterna, es decir, que no puede repetirse porque sus beneficios son permanentes.

1. Mejor pacto

El nuevo sistema establecido por medio de Cristo trajo a la existencia el nuevo pacto anunciado por Jeremías (Jeremías 31:31-34; Hebreos 8:8-12). El nuevo pacto es superior al antiguo porque su mediador es el Hijo de Dios (Hebreos 8:6, 9). Quien es humano (Hebreos 2:5-18) y divino (Hebreos 1:1-4) puede llevar a Dios y a los seres humanos a una relación de pacto. Es también la víctima sacrificial por medio de la cual se ratificó la sangre del pacto (Hebreos 12:24; 9:15-18). A Cristo se lo llama “fiador de un mejor pacto” (Hebreos 7:22) porque garantiza la permanencia del nuevo pacto. El contraste entre ambos pactos lleva al apóstol a una discusión de los santuarios que estaban bajo cada uno de ellos (Hebreos 8:9).

2. Mejor Santuario

a. *El Santuario celestial en Hebreos.* El autor de Hebreos sigue el modelo del libro de Éxodo:

redención, pacto y Santuario. El Santuario del nuevo pacto es superior porque es celestial (Hebreos 8:1, 2; 9:24). Aquí Hebreos se basa en Éxodo 25:9,40, y encuentra allí una referencia al verdadero Santuario celestial de Dios, que antecede al terrenal. El Santuario celestial sirvió como modelo para el terrenal, y puede ser llamado el antitipo (Hebreos 9:24, griego *antitypos*). Puesto que el tabernáculo es una copia del original, es inferior, y se lo describe como una “sombra” del celestial. Como una copia y una sombra, el Santuario terrenal señalaba al celestial y así testificaba de su propia transitoriedad (vers. 11).

En Hebreos el santuario celestial es real; Cristo entró allí después de su ascensión (4:14-16; 9:24,10:12) y está realizando allí una obra sacerdotal (7:27). Para el apóstol, Cristo es una persona divina que se revistió de humanidad y llegó a ser uno de nosotros (2:14), sufrió bajo la presión de las tentaciones (5:7, 8), murió en la cruz (12:2), ascendió al cielo (4:14) y entró en el Santuario celestial (9:24). Para el autor de Hebreos la realidad de todas esas experiencias está fuera de toda duda.

Hebreos, siguiendo las enseñanzas del AT, aboga por la existencia de un Santuario real en el cielo. Algunos pasajes que a primera lectura parecen indicar una interpretación metafórica del Santuario celestial, bajo una inspección minuciosa más exacta respaldan una interpretación literal. El sustantivo *ta hagia* (‘el Santuario’) en Hebreos designa el Santuario como un todo, no uno de sus dos departamentos. Esto está indicado particularmente por el hecho de que *ta hagia* se usa en paralelismo con “tienda” (*skene*; 8:2), que en el AT se designa como tabernáculo. Además, cuando el autor de Hebreos se refiere al Lugar Santo, se usa *hagia* sin el artículo; y cuando la referencia es al Lugar Santísimo se emplea *hagia hagidn*. Este énfasis en el Santuario terrenal como una copia del celestial, relacionado con una discusión de los dos departamentos del terrenal (9:1-7) sugiere que el autor de Hebreos comprendió que el Santuario celestial era de una estructura bipartita. Sin embargo, no se desarrolla la idea porque el interés más importante del apóstol es aclarar que el Santuario celestial, donde Cristo oficia, es superior al terrenal (ver Apéndice A).

b. El Santuario celestial en Apocalipsis. En Apocalipsis se menciona varias veces el Santuario celestial. En Apocalipsis 14:17, el *naos* (templo) está “en el cielo”; en 11:19 el lenguaje es aún más

exacto: “El templo de Dios [...] en el cielo”. “Templo” y “tabernáculo” *skènè*, se usan como sinónimos en 15:5 y también se describen como estando “en el cielo”. Esta estructura de dos departamentos contiene un Lugar Santo con lámparas (4:5) y un altar de incienso (8:3,4); también tiene un Lugar Santísimo con el arca del pacto (11:19). El trono de Dios está en el Santuario (4:2-8; 7:15). La salvación (7:10) y la intercesión (8:2-4) se realizan allí, razón por la cual el templo es objeto de ataque de las fuerzas del mal (13:6). Mientras que el Santuario celestial se describe en el lenguaje pintoresco y con el simbolismo de los tipos terrenales, Apocalipsis 4 y 5 presentan en forma clara que el Santuario terrenal era apenas una copia del enormemente superior y glorioso Santuario celestial. Al final del libro se nos informa que en la Nueva Jerusalén no hay templo (21:22); toda la ciudad sirve como el tabernáculo de Dios, el lugar donde mora con su pueblo (Apocalipsis 21:3; cf. 7:15).

3. Mejor sacerdocio

El meollo del mensaje de Hebreos es que “tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (Hebreos 8:1). Desde el comienzo de la epístola se anuncia la obra sacerdotal de Cristo (1:3); se hace referencia a ella en cada capítulo subsiguiente hasta su desarrollo pleno en 7:1-28.

a. El sacerdocio de Cristo y el aarónico. Hebreos muestra que Jesús cumple todas las calificaciones básicas para el sacerdocio levítico mucho mejor de lo que lo hicieron los sacerdotes aarónicos. El significado tipológico de su sacerdocio encontró en él su cumplimiento antitípico.

Requisitos del Sumo Sacerdote

El sacerdocio aarónico

1. Debe ser humano (Hebreos 5:1)
2. Debe ser llamado por Dios (vers. 4)
3. Debe compadecerse de los pecadores por medio del dominio de sí mismo (vers. 2; *metriopathein*, “uso moderado de las pasiones”)
4. Debe tener algo que ofrecer: sangre de animales (vers. 1, 2)
5. Debe oficiar en un Santuario: terrenal (Hebreos 9:1-7)

El sacerdocio de Cristo

1. Cristo fue humano (Hebreos 2:14), y divino a la vez (1:1-3)
2. Cristo fue llamado por su Padre (5:5, 6)

3. Cristo se compadece (*sympateo*, 'ser compasivo') de los pecadores (4:15)

4. Cristo se ofreció a sí mismo como sacrificio (7:27)

5. Cristo oficia en un Santuario: celestial (8:2)

b. El sacerdocio de Cristo y el de Melquisedec. Si bien el sacerdocio aarónico prefiguraba la actividad sacerdotal de Cristo, el NT no deja dudas de que el nuevo sacerdocio terminaría con el viejo. El antiguo pacto sería reemplazado por el nuevo, los sacrificios típicos serían reemplazados por el sacrificio verdadero, y el sacerdocio levítico daría lugar al orden de Melquisedec (Hebreos 7:11, 12, 17, 19, 8:13; 10:3-10). Así, el sacerdocio de Cristo no solo era el antitipo del aarónico sino también el cumplimiento de las profecías mesiánicas que se encuentran en el Salmo 110:4, a la luz de las cuales Hebreos examina Génesis 14:17-20. En la discusión del sacerdocio de Melquisedec, queda demostrada la superioridad del sacerdocio de Cristo (Hebreos 7:1-28)

El incidente que se narra en Génesis 14 proporciona la información que se necesita para mostrar que el sacerdocio de Melquisedec es superior al de Aarón. Esto queda demostrado, primero, al indicar que Abraham dio los diezmos a Melquisedec (Hebreos 7:2, 4-6). Segundo, al bendecir a Abraham, Melquisedec se mostró superior al patriarca (vers. 6, 7). Tercero, el sacerdocio de Melquisedec permanece para siempre (vers. 3). En Hebreos, Melquisedec prefigura el sacerdocio de Cristo (vers. 3).

La predicción del sacerdocio de Jesús según el orden de Melquisedec indica que el sacerdocio aarónico era transitorio (Hebreos 7:11-14) y que la perfección, en otras palabras, la salvación del pecado, no era posible por medio del sacerdocio aarónico. Esto quería decir que Dios tenía el propósito de cambiar la ley sacerdotal, haciendo posible que uno que no era descendiente de Aarón llegara a ser Sumo Sacerdote. Una vez que llegara el

nuevo Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec, terminaría el sacerdocio típico (vers. 15-19). Cristo fue sacerdote, no sobre la base de vínculos genealógicos, sino por una declaración divina. Su sacerdocio es permanente porque su vida es indestructible.

En realidad, Jesucristo es el único mediador sacerdotal verdadero entre Dios y la raza humana. Los sacerdotes de Aarón y de Melquisedec solo desempeñaban el papel de modelos del ministerio eficaz de Cristo. "Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo" (1 Timoteo 2:5, 6).

La superioridad del sacerdocio de Cristo se basa en que fue establecido por un juramento divino. También es superior "por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable" (Hebreos 7:24).

Por lo tanto, su sacerdocio es inmutable. Finalmente, Cristo es un sacerdote superior porque es inmaculado y no tiene que ofrecer sacrificios para expiar sus propios pecados (vers. 26, 27). Su ministerio es totalmente en favor de otros (vers. 25).

4. Mejor sangre-sacrificio

Las limitaciones del sistema israelita se hicieron aún más evidentes desde el punto de vista de la eficacia del sistema de sacrificios. Ninguno de los sacrificios diarios tenía el poder de quitar el pecado y la impureza, ni tampoco los sacrificios del Día de la Expiación (Hebreos 10:4). La sangre de Cristo es superior porque trata la impureza humana (pecado) y el alejamiento de Dios al limpiar la conciencia (Hebreos 9:14) y perfeccionar al adorador (Hebreos 10:14). Debe entenderse esta perfección como la remoción de todos los obstáculos que impiden a una persona el libre acceso a Dios. La sangre de Jesús limpia de todo pecado (1 Juan 1:7; Apocalipsis 1:5; 7:14) en un sacrificio hecho una vez para siempre (Hebreos 7:27; 10:12).

III. EL MINISTERIO DE CRISTO EN EL SANTUARIO CELESTIAL

A. CEREMONIA DE INAUGURACIÓN DEL SANTUARIO CELESTIAL

La ministración del sacerdocio aarónico en el Lugar Santo del Santuario cada día y en el Lugar Santísimo una vez al año tipificaba la obra de Cristo en el Santuario celestial y describía dos aspectos de la mediación de Cristo en la historia de la salvación. Las referencias al momento en que Cristo comenzó su obra sacerdotal en el Santuario celestial se encuentran en Daniel, Hebreos y Apocalipsis.

1. Daniel y la ceremonia de inauguración del Santuario celestial

La profecía mesiánica registrada en Daniel 9:24-27 fue dada a Daniel como respuesta a su oración en favor de su pueblo y de la ciudad de Jerusalén. Se informó al profeta que se iban a conceder a Israel 70 semanas de gracia. Este período, dividido en siete semanas, 62 semanas y una semana respectivamente, es profético y, siguiendo el principio de interpretación profética de día por año, representa 490 años (ver Apocalíptica II. D; Juicio III. B. 1. a). El aspecto más importante de esta profecía es la venida del Mesías, que es ungido después de 69 semanas y muere a mitad de la septuagésima semana. Por medio de su muerte Cristo pone fin a la transgresión por la justicia que proporciona. Cuando la profecía se cumple (“es sellada”), el pecado llega a su fin porque ahora está disponible el perdón divino. La iniquidad ha sido expiada y se unge el santo de los santos (vers. 24).

La frase “santo de los santos” nunca se aplica a una persona en el AT. Cuando se refiere al Lugar Santísimo, lleva artículo, que no aparece aquí. En ausencia del artículo, “santísimo” se refiere al Santuario o a cosas relacionadas con él. La idea de ungir un “lugar santísimo” corresponde al ungimiento del Santuario terrenal (por ej. Éxodo 30:26- 29; 40:9-11). Daniel se refiere al ungimiento o dedicación del Santuario celestial cuando Cristo comenzaría su obra sacerdotal.

Esta profecía mesiánica que no tiene paralelos predice la dedicación del Santuario celestial al usar terminología empleada en la dedicación del Santuario terrenal. Además, la cronología de la

misma profecía apunta a ese acontecimiento. Comienza con el ungimiento del Mesías. Su muerte, que hace posible el perdón, pone fin al sistema de sacrificios (Daniel 9:27). Finalmente, el Santuario celestial, donde el Mesías llevaría a cabo su obra sacerdotal, debe ser ungido. De acuerdo a esta profecía, todo esto acontecería cerca del fin de las 70 semanas proféticas.

2. Hebreos y la ceremonia de inauguración del Santuario celestial

Hebreos contrasta el antiguo éxodo con el nuevo y muestra un interés especial en la iniciación de las instituciones religiosas. Se mencionan de manera particular la formación del antiguo pacto (Hebreos 9:18-20) y de su santuario terrenal (vers. 1-10, 21). El autor también está interesado en el comienzo de la obra sacerdotal de Cristo en el Santuario celestial que abrió un camino de acceso a Dios (10:20). El verbo *enkainízo* significa 'dedicar', 'inaugurar', 'renovar', y se usó en el versículo 18 para referirse a la inauguración del primer pacto. Otra referencia a la inauguración del ministerio de Cristo en el Santuario celestial ocurre en los versículos 11 y 12, donde no se usa el verbo 'inaugurar' pero encontramos conceptos asociados con él. *Ta hagia* ('santuario') se refiere aquí a todo el Santuario y no solamente al lugar santísimo (ver Apéndice A).

Se describe a Cristo como llegando al Santuario celestial por primera vez, después de su ascensión, y entrando en él después de obtener la redención eterna. La construcción griega del versículo 12 indica que Cristo primero obtuvo la redención eterna y después entró en el Santuario. Cristo obtuvo en la cruz redención eterna; en el Santuario celestial está aplicando los beneficios de su obra redentora a los que se arrepienten de sus pecados y creen. Como en la antigüedad, la entrada al Santuario estuvo precedida por un acto expiatorio de redención. En el versículo 12 se contrasta la sangre de Cristo con la sangre de “machos cabríos y de becerros”, que se usó en la inauguración del Santuario terrenal. La sangre de Cristo hace posible la iniciación de su ministerio sumo sacerdotal.

Como el Santuario celestial existía antes que el terrenal, la inauguración no fue tanto del Santuario como del ministerio de Cristo. Hasta ese

momento Dios había perdonado a los seres humanos sobre la base de la futura muerte y sacerdocio de Cristo (Romanos 3:25; Hebreos 9:15). Después de su ascensión el perdón estuvo basado en un sacrificio consumado. La dedicación señalaba el comienzo de la aplicación de los méritos de la vida terrenal de Cristo y su muerte expiatoria.

3. Apocalipsis y la ceremonia de inauguración del Santuario celestial

La escena descrita en Apocalipsis 4 y 5 es celestial (4:1); el lugar es el Santuario celestial. Allí está el trono de la gracia (4:2); hay allí siete lámparas (4:5); se mencionan copas llenas de incienso (5:8); y está presente un Cordero (5:6). Uno de los propósitos de esta visión es arrojar luz sobre la entronización de Cristo como rey y sacerdote en el Santuario celestial. En la primera visión del Señor exaltado (Apocalipsis 1:12-16) se describe a Cristo como un sumo sacerdote (vers. 13; cf. Éxodo 28:4) caminando en medio de siete candeleros. También se lo describe como un rey sentado con su Padre en el trono (Apocalipsis 3:21).

En Apocalipsis 5 el Señor está sentado en su trono teniendo en su mano derecha un libro que ninguno podía abrir (Apocalipsis 5:1-4). El trono de Dios está rodeado por su concilio celestial y por las huestes angélicas. Entonces aparece el “León de la tribu de Judá, la raíz de David” (vers. 5; cf. Isaías 11:1). Se lo describe como un Cordero inmolado porque aun cuando es el Señor exaltado, su sacrificio conserva su eficacia (vers. 6). Es digno de recibir el libro y de abrirlo (vers. 9,10), y de reinar sobre las naciones y su destino (vers. 13). Es digno de acceder al trono como rey y sacerdote en el Santuario celestial porque murió para pagar el rescate por el mundo (vers. 9,12). Rodeado por las alabanzas de los seres celestiales, el Hijo es entronizado como Rey y Sumo Sacerdote. A partir de ese momento, en Apocalipsis el Cordero está junto a Dios en su trono (ver 22:3).

B. LA OBRA INTERCESORA DE CRISTO: SERVICIOS DIARIOS

1. La mediación y los servicios diarios

En Hebreos, el hecho de que Cristo se sentó a la diestra de Dios (Hebreos 10:12,13), y su obra intercesora, se describen en el contexto de los servicios diarios del Santuario terrenal (Hebreos 7:27; 10:11). Entró en el Santuario celestial para

ministrar en favor de su pueblo (6:20; 9:24). En su ascensión comenzó a cumplir las funciones típicas de los servicios diarios del Santuario terrenal. Pablo entendió la obra sacerdotal de Cristo como una obra mediadora (Romanos 8:34; 1 Timoteo 2:5). Daniel vio al Mesías, el Príncipe de los ejércitos (cf. Josué 5:13-15), llevando a cabo los servicios diarios (el *tamid*) en el Santuario celestial (Daniel 8:11, 12).

En Apocalipsis cada uno de los ciclos de visiones se introduce mediante una escena del Santuario. Tres de estas merecen atención especial aquí. La primera, presenta los mensajes de las siete iglesias (Apocalipsis 1:10-20). El Cristo exaltado se aparece a Juan como un Sumo Sacerdote caminando en medio de siete candeleros que representan las siete iglesias. Por medio de su ministerio en favor de las iglesias consuela y anima a los creyentes. La mención de los candeleros sugiere que sirve en el Lugar Santo. La segunda escena del Santuario, de la que ya tratamos, presenta el ciclo de los siete sellos (Apocalipsis 4; 5) y representa la entronización de Cristo como Rey y Sumo Sacerdote. La tercera, sirve como introducción para las siete trompetas (Apocalipsis 8:2-5). Aquí Juan ve a otro ángel oficiando delante del altar del incienso en el Lugar Santo del Santuario celestial (vers. 3), y ese ángel es probablemente Cristo, porque según Éxodo 30:7, 8, la responsabilidad de quemar incienso sobre el altar descansaba principalmente sobre el Sumo Sacerdote. El ángel presenta las oraciones de los santos ante el altar del incienso mezclándolas con el incienso que se quemaba sobre los carbones del altar (Apocalipsis 8:3). Esta es una descripción del ministerio continuo de Cristo en el Santuario celestial, presentando en favor de los pecadores arrepentidos su vida inmaculada y su muerte expiatoria, simbolizada como incienso de suave olor.

2. Aspectos específicos de la intercesión de Cristo

Su intercesión en favor de la humanidad es solo un aspecto más de la obra de Cristo. Por medio de su muerte reconcilió con Dios “todas las cosas así las que están en la tierra como las que están en los cielos” (Colosenses 1:20). Esta reconciliación cósmica alcanzará su consumación al fin del gran conflicto, antes de la destrucción de los poderes del mal, cuando cada criatura del cielo y de la tierra confesará “que Jesucristo es el Señor, para

la gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10, 11). Entretanto, mediante Cristo, Dios preserva el universo y lo mantiene unido (Colosenses 1:17; Hebreos 1:3).

Dios se reveló a sí mismo de una manera única en Cristo (Juan 1:14). Habla por medio del Hijo (Hebreos 1:2) y revela su voluntad a la comunidad cristiana (Hebreos 12:25). Su forma de hablar también toma la forma de una bendición. Por medio de Cristo, Dios ha bendecido a los creyentes “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales” (Efesios 1:3; cf. Gálatas 3:14).

Por medio de la muerte propiciatoria de Cristo los seres humanos tienen entrada a Dios y continúan teniendo acceso a él (Efesios 2:18; 1 Pedro 3:18). Cristo apareció delante de Dios en el Santuario celestial como nuestro precursor; de esa manera tenemos libertad para acercarnos a Dios en plena confianza por medio de él (Efesios 3:12; Hebreos 10:20).

Dios concede el perdón a la humanidad por medio de Cristo (Efesios 4:32). Por medio de Cristo, el arrepentimiento alcanza al corazón del ser humano (Hechos 5:31). El pecado asedia a los cristianos aun después de la conversión, haciendo posible que caigan. En tales casos hay un Abogado, a través del cual puede ser perdonado (1 Juan 2:1, 2), que puede representar al pecador ante Dios.

La impureza es la condición natural del corazón humano. A fin de restaurar la unidad entre Dios y la humanidad, es necesaria la purificación. Esta limpieza, necesaria siempre que el creyente peca (Hebreos 9:14), está disponible mediante Cristo (1 Juan 1:9). Los creyentes fueron santificados una vez a través de la sangre de Cristo (Hebreos 10:29), pero Dios mantiene sus corazones en la santidad (1 Tesalonicenses 3:13). Como el Israel de la antigüedad, son llamados a ser santos porque Dios es santo (1 Pedro 1:15,16). Pero esa santidad alcanza a los cristianos a través de la obra de Cristo en el Santuario celestial.

Los cristianos tienen necesidad constante de misericordia y gracia (Hebreos 4:16). Debido a la obra sacerdotal de Cristo, los creyentes pueden “acercarse al trono de la gracia” para recibir esos beneficios. Los sacerdotes se acercaban a Dios cuando realizaban sus servicios. Los cristianos tienen ahora el mismo privilegio a través de Cristo, quien derrama el amor de Dios por medio de esos beneficios.

Dios, por medio de Cristo, limpió a los que creyeron, para que pudieran servirle (Hebreos 9:14). Cristo, como Sumo Sacerdote, siempre está dispuesto a proporcionar la ayuda que necesitan los que son tentados (Hebreos 2:18). El poder para vencer lo reciben a través de Cristo, quien los equipa con todo lo que puedan necesitar a fin de hacer la voluntad de Dios, obrando en ellos lo que agrada al Señor (Efesios 2:10; Hebreos 13:20, 21). Ellos pueden vencer el mal por medio de la sangre del Cordero (Apocalipsis 12:11). Mediante Cristo, sus seguidores reciben el Espíritu que los capacita para ser victoriosos sobre la naturaleza pecaminosa y para obedecer la ley de Dios (Romanos 8:2-4, 9,14).

El libro de Apocalipsis describe a Cristo como un mediador que presenta las oraciones de los santos delante de Dios (Apocalipsis 8:2-4). Jesús dijo a los discípulos que presentarán las oraciones a Dios en su nombre y les aseguró que el Padre los escucharía y les respondería (Juan 16:23, 24). El Señor glorificado es el único canal de comunicación entre Dios y los creyentes. Cada aspecto de la experiencia del cristiano pasa por la mediación de Cristo, el cual vive para interceder en favor de los que se acercan a Dios por medio de él. Este aspecto del ministerio de Cristo continuará hasta que deje el Santuario celestial en la segunda venida.

C. LA OBRA DE JUICIO DE CRISTO: EL DÍA DE LA EXPIACIÓN

1. El Día de la Expiación en Hebreos

En Hebreos hay algunas referencias claras al Día de la Expiación de los israelitas. En Hebreos 9:25, 26 y 10:1-10, se contrasta el sacrificio de Cristo con los sacrificios que se ofrecían aquel día. Se describe el sacrificio de Cristo como irreplicable y su sangre como superior al sacrificio ofrecido por el Sumo Sacerdote en el Santuario terrenal en el Día de la Expiación. Cristo no necesita ofrecerse vez tras vez (Hebreos 9:25), ya que se ofreció, “una vez para siempre” (10:10,11). La comparación no es entre el ministerio del Sumo Sacerdote en el Lugar Santísimo y la obra de Cristo en el Santuario celestial, sino entre la eficacia de la sangre de Cristo y la función limitada de la sangre animal en el sistema antiguo. El propósito de las referencias al Día de la Expiación en Hebreos es mostrar la superioridad del sacrificio de nuestro Señor.

Hebreos 9:23 es importante en la discusión del significado tipológico del Día de la Expiación. Los especialistas han quedado sorprendidos por la declaración de que las cosas celestiales necesitan ser purificadas. Sin embargo, no es difícil interpretar este pasaje una vez que se reconoce como una referencia al Día de la Expiación. Aquí hay una clara indicación de que Cristo realiza en el Santuario celestial una obra de purificación que es el equivalente tipológico de la obra del sumo sacerdote en el Santuario terrenal en el Día de la Expiación. El pasaje no declara que esa purificación tiene lugar inmediatamente después de la ascensión de Cristo, sino que el Santuario celestial también necesita purificación. No se desarrolla más esta tipología, ni se discute el elemento de tiempo. No obstante, la relación tipológica es significativa porque reconoce que la obra intercesora de Cristo abarca el contenido teológico de los servicios anuales en el Santuario israelita. Además, el contexto sugiere que la purificación del Santuario celestial está conectada con la muerte de Cristo en la cruz como el portador del pecado (vers. 26-28) y con su obra ante el Padre en favor de su pueblo (vers. 25).

2. El Día de la Expiación en Daniel

Con su énfasis en la purificación, el juicio y la vindicación, las visiones apocalípticas de Daniel proyectan el simbolismo del Día de la Expiación hasta el mismo fin de la historia de la tierra. La purificación está relacionada directamente con el Santuario celestial y con la obra del Mesías como rey y sacerdote. Las visiones introducen el elemento tiempo, haciendo posible para el lector la identificación de un momento específico dentro de la historia de la salvación en el que el Mesías comienza su obra de purificación final, juicio y vindicación en la morada celestial de Dios,

a. *Daniel 8:13, 14: Día de la Expiación*

En Daniel 8:13,14, que es una parte de la visión que comienza en 8:1, el profeta usa el lenguaje del Santuario israelita para describir la obra del cuerno pequeño y la obra del Príncipe de los ejércitos, Cristo, en el Santuario celestial. Así queda establecida una relación lingüística y teológica entre este pasaje y el libro de Levítico. Los símbolos usados para representar poderes políticos son un carnero y un macho cabrío (vers. 20,21), ambos animales limpios que se usaban como víctimas para el sacrificio. La palabra

'cuerno' tiene alusiones al culto (cf. Levítico 4:7), como las palabras 'verdad' (Daniel 8:12; cf. Malaquías 2:6), y 'prevaricación' (Daniel 8:12; Levítico 16:16). Se usan varios términos para 'santuario': *makdn* ('Tugar' [Daniel 8:11]; designa los santuarios terrenal [Isaías 4:5] y celestial [1 Reyes 8:39]); *miqdas* y *godes* ('santuario', [Daniel 8:13]). En el contexto del tabernáculo, la palabra 'ejércitos' se refiere a la guardia levítica (Números 4:3, 23). El verbo 'quitar' (Daniel 8:11) también se usa en Levítico para designar la remoción de las partes del sacrificio que pertenecían a Dios (p. ej. Levítico 4:10). Los seres celestiales en Daniel 8:13 son "santos", estableciendo otra conexión con la terminología del Santuario. El *tamid*, "el continuo" designa la obra diaria del sacerdote en el Lugar Santo. Como el "Príncipe de los ejércitos" es un ser celestial (cf. Josué 5:14), el Santuario de Daniel 8:9-14 debe ser el celestial.

El asunto principal de esta visión es la actitud del cuerno pequeño hacia el Santuario y la obra sacerdotal del Príncipe (Daniel 8:11, 12). Ataca al ejército del cielo, lo derrota (vers. 10) y va tras el Príncipe y el

Santuario. Este ataque espiritual se describe en términos militares. Se le quita el *tamid* al Príncipe, y el fundamento-lugar de su Santuario es echado por tierra y pisoteado. Entonces, en un espíritu de rebelión-transgresión (vers. 12), el cuerno pequeño establece su propia fuerza para controlar el *tamid*. La "verdad" asociada con el Santuario queda oscurecida por este poder enemigo de Dios (cf. Daniel 7:25). El lenguaje cáltico que usa Daniel hace claro que el cuerno pequeño no contamina el Santuario; el ataque lo profana (Daniel 11:31), pero no lo contamina. El cuerno pequeño trata al Santuario como un lugar común. De alguna manera el cuerno pequeño afecta al *tamid*, o la intercesión continua del Príncipe en el Lugar Santo. La cuestión de la interferencia del cuerno pequeño con la obra intercesora del Príncipe en el Lugar Santísimo, se trata en Daniel 8:13,14. Aquí surgen dos dificultades: el debate significado de *nisdaq* y la extensión de los 2.300 días.

1. *El significado de nisdaq en Daniel 8:14.* El verbo *nisdaq* ha sido traducido de diferentes maneras: El santuario será "purificado", "restaurado", "reconsagrado", "restaurado a su estado correcto" o "surgerà victorioso". Dos consideraciones hacen difícil decidir cómo traducir este verbo:

(a) la forma verbal que emplea Daniel no se usa en ningún otro lugar en el AT; (b) solamente aquí se relaciona este verbo con una estructura física. Sin embargo, estos problemas no son insuperables. El uso primario de la raíz *sadaq* es jurídico, designa la restauración de los derechos legales de una persona acusada falsamente de un delito (Salmo 7:8; 9:4; Isaías 50:8,9). Los justos son declarados inocentes y los acusadores condenados (2 Crónicas 6:23; Deuteronomio 25:1). Este uso jurídico incluye la idea de la salvación. La justicia de Dios es su acción salvadora en favor de su pueblo (ver Sal. 98:2-9; Isa. 1:27, 28). La justicia como salvación implica la destrucción del opresor, resultando en la restauración de la armonía y el orden (ver Sal. 71:2-4; 143:11,12).

La raíz *sadaq* está asociada estrechamente con los servicios del Santuario. En Levítico, para entrar al santuario, se requería “pureza”, la que se obtenía a través de la expiación. En el libro de los Salmos se requería “justicia” (*s^cdaqah*), que se concedía como un don del santuario (24:3-5). Los justos no eran solamente aquellos que permanecían leales al Señor (Sal. 15:2-4), sino también aquellos cuyos pecados habían sido perdonados (32:1, 2,11). La palabra 'justicia', describe las puertas del templo (Salmo 118:19), la vestidura sacerdotal (132:9) y los sacrificios que se ofrecían al Señor (4:5; 51:19). La raíz *sadaq* también se usa como un sinónimo de pureza (Job 4:17; 17:9; Salmo 18:20). Isaías 53:11 ilustra este significado: “Por su conocimiento justificará [*sadaq*, 'declarar justo'] mi siervo justo [el Mesías] a muchos, y llevará las iniquidades de ellos”. Los muchos son declarados justos no porque fueran justos o puros, sino porque el Siervo había quitado su pecado, su impureza, llevándola él mismo. Así, ser declarado justo por Dios es también ser purificado, limpiado del pecado.

Según Daniel 8:14, la interferencia del cuerno pequeño con la intercesión sacerdotal continua de Cristo en el Santuario celestial, terminará con la purificación-vindicación de ese Santuario. La *nisdaq* del Santuario tendría un efecto sobre el Santuario, sobre Dios y sobre su pueblo que entonces también sería vindicado. Solo una raíz tan rica como *sadaq* podría expresar tanto la purificación como la vindicación, combinando asuntos legales y redentores en el marco del Santuario, llevando la solución del problema del pecado a su consumación.

De acuerdo con Daniel, en algún momento durante el día escatológico de la expiación, la profanación de la obra sacerdotal del Mesías perpetrada por el cuerno pequeño sería reparada por la destrucción de ese cuerno pequeño. En el AT la profanación del Santuario quedaba reparada por medio de la muerte del pecador y no por medio de un sacrificio de expiación (Jeremías 51:11; Ezequiel 7:22; 25:3). Se pronunciaba la pena de muerte contra cualquier israelita que profanara el Santuario (Ezequiel 23:39, 46-49) o las ofrendas sacrificiales (Levítico 19:8). Por decirlo así, la solución se producía mediante la muerte del culpable. Daniel aplica este mismo principio legal al poder profanador del cuerno pequeño. El resultado de sus malas acciones será rectificado mediante una manifestación poderosa de la santidad y la justicia de Dios al fin del día escatológico de la expiación, lo que resultará en la destrucción del cuerno. Pero este día escatológico de la expiación incluye más que la destrucción de ese poder maligno.

2. *Las 2.300 tardes-mañanas*: El marco del tiempo para la vindicación se da por la frase, “hasta 2.300 tardes y mañanas”. La frase “tardes y mañanas” se usa en Génesis 1 para designar cada día de la semana de la creación. En los servicios del Santuario para referirse a ciertas actividades como sucediendo por la tarde y por la mañana, esto es, cada día (Éxodo 27:20, 21; Levítico 24:2, 3). Las 2.300 tardes y mañanas son un período de 2.300 días proféticos, que según el principio día-año representan 2.300 años (ver Juicio III. B. 1. a; Remanente-Tres ángeles V. B).

El comienzo de este período profético se indica en Daniel 8:13 que puede traducirse de la siguiente manera: “¿Hasta cuándo la visión, el diario-continuo y la transgresión que causa horror [harán] que el santuario y el ejército sean pisoteados?” Esta traducción literal separa el sustantivo “visión” de la palabra “continuo”. La mayoría de las versiones traducen “la visión del continuo”, limitando la pregunta al período durante el cual el cuerno pequeño estaba activo. Pero el hebreo no permite esto. El primer sustantivo está en estado absoluto (tiene artículo y vocales largas), lo que sugiere que debería colocarse una coma después de él. El término *hazon* que se usa en los versículos 1 y 2 se refiere a la visión de los diferentes animales. El tema en el versículo 13 es el tiempo en que se consumará la visión de los versículos 1-12:

el énfasis está en la terminación de la visión y en lo que va a seguir.

Debido a que los 2.300 días-años comienzan durante la actividad del carnero, es decir, desde el tiempo del imperio Medo-Persa (vers. 20), la visión se extendería desde ese tiempo hasta el comienzo de la purificación del Santuario celestial. Se obtiene una fecha más específica para el comienzo de los 2.300 años con la correspondencia entre Daniel 8 y 9. Hay claras correspondencias terminológicas entre ambos capítulos. En 9:23, Gabriel dice al profeta: “entiende la visión”. El término para 'visión' (*mar'eh*) es el mismo que se usa en Daniel 8:26, 27 para referirse a la “visión de las tardes y las mañanas”, la parte de la *hazon* ('visión') del capítulo 8 que tiene que ver con el período de tiempo. Gabriel le interpretó la visión a Daniel pero no le explicó la parte concerniente a los 2.300 años. Al final del capítulo 8, Daniel declaró que no entendió la *mar'eh*. En el capítulo 9, Gabriel viene para ayudar a Daniel a entender la *mar'eh*, la “visión” del período de tiempo. En ambos capítulos se usa el verbo 'entender' (Daniel 8:23-27; 9:22, y ambos capítulos tienen que ver con el Santuario. En 9:24, se unge el Santuario y comienzan sus servicios, mientras que en 8:14 el mismo Santuario es purificado. Estas relaciones conectan la profecía de tiempo de las 70 semanas a los 2.300 años. El participio pasado 'determinadas' en 9:24, también significa 'cortadas' como se ve en el hebreo misnaico y en textos encontrados en la ciudad de Ugarit (1300 a.C.). La deducción es que los 490 años estaban “cortados” de los 2.300 años. Los 490 años comienzan con el decreto para restaurar y edificar a Jerusalén, promulgado por Artajerjes en el año 457 a.C.; ese decreto es también el punto de partida de los 2.300 años. El punto final de ese período caería en el año 1844. Entonces el Santuario sería purificado-vindicado. En ese momento particular de la historia de la salvación, Cristo comenzaría el segundo aspecto de su obra intercesora en el Santuario celestial como se describe en Hebreos 9:23.

b. Daniel 7: el juicio

Daniel 7 contiene una escena importante de juicio que es paralela a la sección del Santuario en el capítulo 8:13,14. En esa escena se da una descripción de la iniciación del juicio (Daniel 7:9, 10), su conclusión (vers. 13,14) y una corta interpretación (vers. 26,27; ver Juicio III. B. 1. a).

Una comprensión correcta de la función y el propósito de este juicio exige que se establezca con claridad su lugar dentro de la secuencia de acontecimientos de la visión. Daniel vio cuatro bestias: una era como ion león (Daniel 7:4), otra semejante a un oso (vers. 5), otra semejante a un leopardo (vers. 6), y la cuarta, indescriptible, con diez cuernos (vers. 7). Daniel vio otro cuerno que salía y arrancó a tres de los diez. Este cuerno pequeño, habló contra Dios, persiguió a los santos por tres tiempos y medio ($360 \times 3 + 180 = 1.260$ días-años) y cambió, o intentó cambiar, la ley y los tiempos (vers. 25). La escena de juicio se presenta cuando el cuerno pequeño habla grandes palabras contra Dios (vers. 11, 25); su persecución de los santos ya había ocurrido durante tres tiempos y medio. Como resultado de este juicio, el cuerno pequeño pierde su dominio y es destruido. Después de esto, el Hijo del hombre y los santos reciben el reino eterno de Dios (vers. 27). El juicio descrito en Daniel 7 tiene lugar muy pronto después de los tres tiempos y medio aunque antes de que el cuerno pequeño sea destruido y el reino de Dios sea establecido para siempre.

La escena del juicio es claramente celestial. Dios está allí con su concilio. Además de esto, miles de sus mensajeros están presentes para servirle y ser testigos del juicio. De esa manera se recalca la naturaleza cósmica de este juicio.

Varios elementos de la visión indican que este juicio es investigador, no ejecutivo. La referencia a los libros (Daniel 7:10) es una fuerte indicación de su naturaleza investigadora. Los “libros” contienen los registros de las vidas de los que son juzgados, que no están allí en persona, pero sí están disponibles para el examen los registros de sus vidas. El AT contiene varias referencias a libros celestiales, todos ellos relacionados con el pueblo de Dios (ver Sal. 69:28; Daniel 12:1). Los libros que aparecen en la escena del juicio de Daniel (ver Juicio III. B. 1. c) contienen los registros de la vida de los siervos de Dios. El tribunal los juzga y decide en su favor (Daniel 7:22). Son vindicados ante el universo y ahora pueden poseer el reino. Esta interpretación se confirma al comparar esta escena de juicio con Daniel 12:1, 2, donde Miguel recibe el reino después de la derrota y destrucción del enemigo del norte (Daniel 11:45). Después son liberados los santos y ocurre una resurrección. Los que resucitan a vida eterna tienen sus nombres escritos en el libro (Daniel 12:1), lo que indica que

el juicio investigador examina también los registros de los que han muerto confiando en el Señor. Se investigaron sus nombres y quedaron en los libros porque sus pecados fueron borrados de los registros.

El juicio de Daniel 7 también es de vindicación; declara a los justos dignos de heredar el reino de Dios. Observado por las criaturas inteligentes de Dios, este juicio vindica el gobierno de Dios, la forma como ha tratado el pecado y la salvación y sus acciones delante de su vasto universo. El cuerno pequeño no es juzgado favorablemente como son juzgados los santos: es condenado. En la comprensión bíblica de procedimientos legales, las personas inocentes acusadas falsamente de delitos o crímenes iban al tribunal del templo suplicando al Señor que los juzgara y los vindicara (Salmo 7:8, 9; 26:1, 2). La vindicación de los justos confirma la perversidad del malvado acusador (Salmo 35:1; Zacarías 3:1-4) y, a fin de restaurarlos, se neutraliza, condena y priva de su poder al causante de la separación. La situación del cuerno pequeño de Daniel 7 es paralela a este tipo de proceso judicial.

c. Significado de la purificación-vindicación del Santuario en Daniel.

Hay una conexión evidente entre la escena del juicio en Daniel 7 y la sección concerniente al Santuario celestial en Daniel 8:13, 14. Las dos describen de forma paralela la historia del mundo desde el tiempo del profeta hasta el tiempo del fin. Cada capítulo añade elementos nuevos que arrojan luz sobre la naturaleza de la gran controversia y sobre los acontecimientos específicos de la historia de la salvación. El juicio investigador y la purificación del Santuario se complementan mutuamente, enriqueciendo nuestra comprensión de la obra intercesora de Cristo en el Santuario celestial inmediatamente previa a la segunda venida. El libro de Daniel mira hacia el futuro, al tiempo en que la salvación del pueblo de Dios será definitiva. Ahora son ya los santos del Altísimo, porque han recibido los efectos purificadores de la sangre propiciatoria del Mesías (Daniel 9:24-27), quienes, por lo tanto, pueden representarlo ante el tribunal celestial (7:13,14, 18). La vindicación-purificación del santuario (Daniel 8:14) es el final de la vindicación-purificación del pueblo de Dios ante el universo. Sus pecados son borrados de la morada de Dios y hereda el reino eterno de Dios.

En el Día de la Expiación Dios juzgaba a su pueblo. La vindicación-purificación del Santuario en Daniel también implica un juicio. El verbo que Daniel usa para referirse a la purificación del Santuario es, básicamente, un término jurídico. Sin embargo, en él están juntos los aspectos legales y del culto haciendo posible la interpretación de la obra sacerdotal del Príncipe en términos jurídico-redentores. Este juicio busca, fundamentalmente, vindicar al pueblo de Dios, como se ve en Daniel 7, donde los santos son juzgados y absueltos. El pueblo del Señor permanece en una actitud de completa dependencia de Dios en las circunstancias más penosas. Se examina el registro de sus vidas y se borran sus pecados; al mismo tiempo, se borran de los libros los nombres de los falsos creyentes (cf. Éxodo 34:33; Levítico 23:29, 39). Aquellos cuyos nombres son conservados en los libros, incluyendo los santos muertos, heredan el reino (Daniel 7:22; 12:1,2). Así es purificado el Santuario.

El ministerio sacerdotal del Príncipe (Daniel 8:11) se lleva a cabo en favor del pueblo de Dios. La purificación del Santuario (vers. 14) muestra que la participación del Santuario es un medio eficaz de eliminar el problema del pecado y que la transferencia del pecado al Santuario de ninguna manera afecta al carácter de Dios. El juicio cósmico de Daniel 7 apunta precisamente a esta dimensión del interés de Dios por su propia reputación y por la santidad de su morada. La solución final al problema del pecado tiene lugar delante de los seres creados, a los que se les permite abrir los libros y examinarlos. Como resultado de este proceso, se reconoce como rey universal al instrumento de salvación, el Hijo del hombre (vers. 14). Entonces llega a su fin el contacto de Dios con el pecado; el Santuario es purificado-vindicado.

3. El Día de la Expiación en Apocalipsis

El libro de Apocalipsis muestra una progresión en la obra de Cristo en el Santuario celestial. En la primera parte del libro, Jesús oficia en el Lugar Santo (8:3-5). Pero en Apocalipsis 11:19 Juan es llevado al Lugar Santísimo de ese Santuario celestial. Allí ve el arca del pacto. Esto apunta al comienzo del segundo aspecto de la obra intercesora de Cristo, la de juicio. Apocalipsis 15:8 nos informa que esta obra de juicio ha llegado a su fin. El templo, “se llenó de humo por la gloria de Dios,

y por su poder, y nadie podía entrar” (cf. Lamentaciones 3:44). El hecho de que se vea el arca, además de indicar movimiento de una zona a otra, también recuerda al lector la ley de Dios depositada dentro de ella. Esta ley es la norma por la cual juzga Dios (cf. Santiago 2:8-13). Aquí se introduce el antitípico Día de la expiación.

a. Juicio investigador

Según Apocalipsis, Cristo interviene en un juicio investigador. Él “escudriña la mente y el corazón” y le da a cada uno según sus obras (Apocalipsis 2:23). Por lo tanto, es importante para los creyentes retener lo que tienen hasta que él venga (2:25; 3:11). Si son vencedores, sus nombres no serán borrados del libro de la vida y Cristo los representará ante el Padre y los ángeles (3:5). Esto indica que algunos nombres serán borrados del libro de la vida y que el compromiso con Cristo y la confianza en su poder, determina lo que le sucede al nombre de una persona.

Apocalipsis presta una atención especial a los acontecimientos que tienen lugar sobre la tierra mientras que se está llevando a cabo la purificación-vindicación del Santuario celestial. Mientras que en el cielo Dios está decidiendo qué nombres permanecerán en los libros, en la tierra el Señor reúne su remanente por medio del mensaje de los tres ángeles (Apocalipsis 14:6-11; ver Tres ángeles V. B-D). Apocalipsis 14 comienza con una descripción del remanente (los 144.000) que está delante de Dios, vencedores sobre los poderes impíos que amenazaron sus vidas (vers. 1-5). La segunda parte del capítulo (vers. 6-11), presenta los medios que Dios emplea para reunir un remanente de cada nación, tribu, lengua y pueblo (vers. 6). Los mensajeros de Dios proclaman una vez más su evangelio eterno, llamando a los seres humanos a temer y adorar al Creador porque “la hora de su juicio ha llegado” (vers. 7). La urgencia de este mensaje se basa en el hecho de que ahora Dios toma decisiones judiciales en el Santuario celestial. Está separando a los adoradores verdaderos de los falsos. La última parte de Apocalipsis 14 describe la segunda venida de Cristo bajo el símbolo de una cosecha (vers. 14-20), indicando que el juicio investigador termina muy poco antes del segundo advenimiento.

Las mismas ideas se tratan en Apocalipsis 7. Aquí se presenta al remanente (los 144.000) que son sellados antes de que se derrame la ira de Dios como los que están capacitados para estar ante el

Señor en su venida. El sellamiento es un proceso judicial por el cual se identifica, se evalúa y se preserva a los miembros del verdadero remanente. Este simbolismo también se encuentra en Ezequiel 9:1-4. En contraste con los ídólatras, que deben ser destruidos, se identifica y se señala al remanente fiel para separarlo de los violadores impenitentes del pacto. Apocalipsis 7:9-12 describe al remanente reunido delante del trono de Dios.

Con anterioridad a la escena de victoria que acabamos de describir, el remanente, al que se describe como los que guardan los mandamientos de Dios y han permanecido leales al pacto de Dios (Apocalipsis 12:17; 14:12), proclama el juicio que se lleva a cabo en el Santuario celestial. Llama al resto del pueblo de Dios a salir de Babilonia antes de que termine la obra intercesora de Cristo (Apocalipsis 18:1-4).

b. Comienzo del juicio

Según Apocalipsis, el juicio investigador comienza después de que se han cumplido los períodos proféticos de Daniel y Apocalipsis. En Apocalipsis 10:6, Juan oye a un ángel poderoso decir que “el tiempo no sería más” (así Reina-Valera, Str, NVI, NC, BC). Otras versiones como la BJ, la CI, la RSV y otras, traducen incorrectamente *chronos* (tiempo) como ‘demora’, ‘dilación’. Apocalipsis 10 se refiere a Daniel 12, donde aparecen varios períodos proféticos. Los períodos de tiempo son muy importantes en Daniel (Daniel 7:25; 8:14; 9:24; 12:11, 13) y en Apocalipsis (9:5; 11:3; 12:6). Los 2.300 días-años de Daniel 8:14, que terminaron en 1844, constituyen el período más largo de todos. El ángel de Apocalipsis 10:6 declara que todos esos períodos proféticos ya se han cumplido. Solo está en el futuro la consumación de la salvación (vers. 7). En este contexto se le dice a Juan, representando al remanente de Dios, “es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes” (vers. 11). Esta es la misma tarea que proclaman los tres ángeles de Apocalipsis 14:6-11.

La proclamación del mensaje de los tres ángeles es una obra de reedificación y restauración, como se indica en Apocalipsis 11:1, donde se le dice a Juan “mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él”. El simbolismo apunta al Día de la Expiación, pues solo en ese día el templo, el altar y el pueblo pasaban a través de una experiencia purificadora (Levítico 16). Pero aquí se los

medir más que se los purifica. El verbo 'medir' sugiere un proceso de evaluación (cf. Mateo 7:2) y puede expresar la idea de juicio. Por tanto, Apocalipsis 11:1 se refiere a lo que está ocurriendo en el cielo. Medir también puede expresar la idea de preservación (2 Samuel 8:2) y restauración o reedificación (Ezequiel 41:13,15; Zacarías 2:2-8). Esta segunda posibilidad indicaría que el Santuario que está siendo medido o evaluado en el cielo, al mismo tiempo, está siendo restaurado en la tierra, estableciendo así una correspondencia entre lo que pasa en el cielo y sus consecuencias en este mundo. Esta obra de restauración se indica por la orden de "profetizar otra vez" (Apocalipsis 10:11). La restauración sobre la tierra de la verdad sobre el Santuario y la intercesión de Cristo en él, es necesaria porque "la bestia" ha atacado el tabernáculo de Dios durante 1260 días-años (Apocalipsis 13:5, 6; cf. Daniel 7:25; 8:12). Además, toda la tierra está a punto de ser engañada por el dragón que se presenta a sí mismo como el objeto verdadero de adoración por encima y contra el Creador.

c. Resultados del juicio investigador

El juicio investigador que se está llevando a cabo en el cielo y que está siendo proclamado en el marco del evangelio tiene varios propósitos, todos ellos relacionados con el Día de la Expiación. Este juicio vindica al pueblo de Dios y revela más allá de toda sombra de duda que ha sido lavado en la sangre del Cordero (Apocalipsis 7:14). Ha preservado la relación de pacto con el Salvador. Por consiguiente, entrará en el templo de Dios en el cielo para servirle (vers. 15). Al mismo tiempo, la vindicación del pueblo de Dios resulta en la condenación de sus enemigos. Apocalipsis 18:20 declara: "Dios os ha hecho justicia en ella [Babilonia]". De hecho, al vindicar a su pueblo, Dios condena a los poderes malignos; en ese momento juzga y venga la sangre de los mártires (Apocalipsis 6:10).

Por encima de todo, el juicio investigador sirve para vindicar a Dios mismo. Queda analizado todo el impacto de la cruz y se encuentra que Dios es misericordioso, justo y santo. Se revela que todos sus actos judiciales son justos (Apocalipsis 15:4) y los redimidos exclaman, "justos y verdaderos son tus caminos" (vers. 3). Los moradores del cielo alaban al Señor diciendo: "¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del

Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos" (Apocalipsis 19:1, 2; ver 11:16-18).

Finalmente, el juicio investigador lleva a la purificación del universo. En la segunda venida el pueblo de Dios es levantado de la tierra y llevado a la presencia de Dios en el cielo (Apocalipsis 7:9; 14:1), mientras que sus enemigos son destruidos (Apocalipsis 19:19-21). Solo se deja vivo al dragón para que vague errante durante mil años por este planeta desolado (Apocalipsis 20:1-3; ver Milenio I. C). Finalmente, el verdadero Azazel, con toda su perversidad, queda al descubierto; el verdadero autor del mal queda desenmascarado ante el universo y sobre él cae la responsabilidad del problema del pecado. El macho cabrío típico por Azazel, encuentra su antitipo en el dragón que queda solo en el desierto de un planeta desolado.

Después del milenio llega la fase ejecutiva del juicio. Satanás y los malvados, que resucitan al fin del milenio, se reúnen delante de Dios para escuchar su sentencia (Apocalipsis 20:11, 12). Se abren los libros una vez más y se analizan los registros de sus vidas. Entonces, el pecado y los pecadores, junto con el autor e instigador del pecado, son erradicados del universo. La purificación que comenzó en el Santuario de Dios alcanza proporciones cósmicas (ver Juicio III. B. 3).

D. Resumen

La obra intercesora de Cristo en el Santuario celestial es una enseñanza bíblica bien documentada. Cuando ascendió comenzó su obra sacerdotal intercesora de aplicar a los creyentes los beneficios de su muerte expiatoria-propiciatoria en la cruz. La obra de Cristo tiene dos aspectos. El primero estaba prefigurado por medio de los servicios diarios en el Santuario terrenal y comenzó cuando ascendió al cielo. En él, Cristo es el mediador de la amante gracia de Dios hacia su pueblo y lo representa ante Dios. El segundo aspecto del sacerdocio de Cristo estaba tipificado por la obra del Sumo Sacerdote en el Lugar Santísimo en el Día de la Expiación. Hebreos se refiere a esta dimensión del ministerio de Cristo. Apocalipsis muestra a Jesús realizando su obra en los dos departamentos; y Daniel coloca la iniciación del Día antitípico de la Expiación en un momento específico de la historia de la salvación, al fin de los 2.300 días-años, en 1844. Este aspecto de la obra

de Cristo es un desarrollo de su servicio de intercesión y no pone fin a su servicio diario de intercesión y mediación. En esta segunda fase se inicia, y se añade a su sacerdocio, un aspecto jurídico-redentor-escatológico.

La segunda fase del ministerio de Cristo es la consumación de su obra de vindicación y juicio, una purificación del universo del pecado, de los pecadores y de Satanás. En Cristo Dios asume la responsabilidad por los pecados de su pueblo. Cada pecado confesado que se encuentra en los registros celestiales es "cargado" a la cuenta del Hijo de Dios. Pero ese proceso debe detenerse, de otra manera nunca se solucionaría completamente el problema del pecado. En algún momento deben

cerrarse los registros. Esto implica una obra de investigación y juicio que da como resultado la vindicación del pueblo de Dios. Los nombres de los falsos creyentes son borrados del libro de la vida. Queda reafirmada la justificación de los verdaderos creyentes, sus nombres se conservan en el libro celestial de la vida y sus pecados son borrados de los registros. Dios queda vindicado al mostrar al universo que sus decisiones judiciales son justas, que el pecado y la santidad no tienen nada en común y que él es un Señor misericordioso, amante y justo. Esta revelación de la santidad, el poder y la gracia de Dios solo es posible mediante el Cordero, quien completa la derrota del dragón hasta su consumación, borrándolo del universo de Dios.

IV. IMPLICANCIAS DEL SACRIFICIO Y EL SACERDOCIO DE CRISTO PARA LA EXPERIENCIA CRISTIANA

Fue a través del estudio de los servicios en el Santuario terrenal y su significado simbólico, junto con Daniel 8:14 como punto de partida, que el adventismo surgió como un movimiento histórico, desarrolló su identidad doctrinal e identificó su misión. Aquí nos enfrentamos a un aspecto fundamental y vital del pensamiento adventista. Este tipo de desarrollo fue posible debido a que Daniel 8 incluye una profecía de tiempo que identificó el año 1844 como una fecha significativa en el calendario de Dios y también porque los capítulos 8 y 9:23-27 señalaban a la obra de redención de Cristo. En esos pasajes, esta tarea de salvación no solo está relacionada con la cruz sino también con la obra mediadora actual de Cristo en el Santuario celestial. El estudio de los servicios del santuario y su significado simbólico dio como resultado la doctrina adventista sobre el Santuario y proporcionó una perspectiva teológica que abrió un sistema bíblico de creencias de gran relevancia para el pueblo de Dios. Entre estos elementos relevantes, están los siguientes.

1. La enseñanza del AT sobre el Santuario proporciona una perspectiva única desde la cual estudiar el plan de redención. Ilumina el desarrollo de ese plan dentro de la historia, identificando sus componentes clave y, junto con las profecías de Daniel, mostrando incluso el tiempo exacto de su cumplimiento. Este sistema de tipos se centra en la obra de Cristo y proporciona una perspectiva

completa de su ministerio. Se ve claramente la secuencia de la obra de Cristo en el Santuario: es la víctima propiciatoria, el Sumo Sacerdote, el Mediador, el Juez, el Abogado y el Rey.

2. El fin de los 2.300 años en 1844 nos recuerda que la historia de la salvación todavía está en vías de realizarse y que no llegó a su fin con la muerte de Cristo en la cruz. Dios está desarrollando su plan, como se propuso y previo. Dios todavía tiene un papel activo en la historia mundial y la dirige hasta su meta: el establecimiento de su reino en la tierra. Los períodos proféticos sirven como puntos de referencia dentro de la historia, anunciando la consumación del plan de redención de Dios.

3. Daniel 8:14 y el Santuario nos informan que Cristo ahora está realizando el último aspecto de su obra sumo sacerdotal en el Santuario celestial. El día anti-típico de la expiación está en marcha y Dios está juzgando a su pueblo. Nos estamos acercando al mismo fin de la misericordia de Dios. Pronto haremos frente a la confrontación final entre las fuerzas de Dios y las de Satanás. Sin duda alguna, esta orientación escatológica del ministerio sacerdotal de Cristo en el Lugar Santísimo del Santuario celestial se apoya en la cruz. Si bien en la cruz se vio claramente el fin del pecado, ahora la aniquilación final del mal se acerca a su consumación mediante la intercesión de Cristo.

4. La obra de intercesión y juicio de Cristo

nos llama, no solo a proclamar activamente el evangelio eterno de Dios en el marco del mensaje de los tres ángeles, sino que también nos desafía a evaluar nuestra relación con Cristo. Nuestra experiencia religiosa debería estar marcada por una humilde dependencia del Salvador. Mientras el Santuario está siendo purificado, nuestra vida espiritual también debería purificarse del pecado. Esta purificación personal tiene lugar por medio del arrepentimiento y el perdón por medio de Cristo.

5. El juicio investigador que ahora se lleva a cabo en el cielo es un testimonio de que Dios y el universo toman en serio a cada ser humano. Por medio del ministerio de Jesús en el Santuario, Dios trata a los seres humanos sobre una base individual, reafirmando su dignidad y valor en Cristo, que los representa como su Abogado. Los redimidos se unirán a la familia celestial, no como extraños sino como miembros reconocidos, a los cuales la familia de Dios ama y respeta.

6. El juicio investigador significa que las decisiones y acciones humanas tienen un impacto cósmico. Lo que somos, pensamos y hacemos se conserva indeleblemente en los registros celestiales. Lejos de que esto sea causa de estrés y temor, esta realidad debería ser una fuente de gozo. Lo que hacemos y lo que somos no se pierde en la vastedad del tiempo y del espacio; se conserva dentro del Santuario de Dios. Cada oración, cada buena obra, cada palabra de ánimo o expresión de amor queda guardada como un testimonio de la múltiple sabiduría de Dios, quien puede transformar a seres humanos pecadores en criaturas nuevas y santas. Aunque también se registra allí el pecado, es decir la debilidad humana, la rebelión, el error y el fracaso, el perdón está constantemente a la disposición de quienes se acercan a Dios por medio de Cristo, el Abogado de los creyentes. En el juicio investigador, los pecados cometidos por los que permanecen en una relación de pacto con Cristo no les son imputados a ellos, porque se le imputaron a Cristo en la cruz. Esos pecados son borrados para nunca más ser recordados. El carácter del creyente, semejante al de Cristo, queda fijado por la eternidad.

7. La purificación del Santuario celestial apunta de una forma especial a la naturaleza moral de Dios, el árbitro moral del universo, que es responsable ante él. El creyente debería encontrar consuelo al saber que el universo está gobernado

por un Dios personal, todopoderoso y todo amor. Para restaurar el universo y preservar el orden son indispensables el juicio y la responsabilidad moral. Como el juicio se basa en la ley de Dios, su pueblo se caracteriza como aquellos que guardan los mandamientos divinos en amante respuesta a su gracia justificadora.

8. La purificación del Santuario da testimonio del hecho de que el mal no es eterno. Llegará a su fin cuando, con aclamaciones de gozo y alabanza, las criaturas leales a Dios reconozcan que el pecado y el mal son aniquilados por medio de la justicia y el amor divinos. La cruz demuestra que el Hijo estuvo de acuerdo con su Padre en el juicio sobre el pecado y en la decisión de tomarlo sobre sí mismo. En el plan divino, para los pecadores arrepentidos Cristo ha llegado a ser tanto sustituto como seguridad. El Santuario del AT muestra que el pecado no puede ser perdonado simplemente con pasarlo livianamente por alto. El problema del pecado solo podrá resolverse completamente cuando el mal sea desterrado de la presencia de Dios y cuando su verdadera causa sea identificada y exterminada. Al fin de su ministerio en el Santuario celestial, Cristo vendrá para liberar a su pueblo del poder de sus enemigos, especialmente de la muerte. Satanás o Azazel será identificado ante todo el universo como la fuente y el autor del pecado y se decretará su extinción. Tratar impropriamente con el pecado significaría perpetuarlo; por lo tanto, debe ser aniquilado totalmente y para siempre. Entonces la victoria de Dios y del Cordero sobre los poderes destructores será definitiva. La santidad y la impureza serán separadas para siempre y la armonía del amor de Dios reinará sobre el universo restaurado.

9. El significado salvador de la cruz se enriquece por medio del estudio del sacerdocio de Cristo. Aunque la cruz fue la mayor revelación de Dios al universo, indispensable para la solución del problema del pecado, esa revelación aún no se ha comprendido plenamente. De sus dimensiones, aquellas que todavía no se comprenden ocuparán los pensamientos de los redimidos por toda la eternidad. El indispensable ministerio sacerdotal de Cristo en el Santuario celestial descubre constantemente la riqueza de la cruz, haciendo que sus méritos estén disponibles para todos aquellos que se acercan al Padre por medio de él.

V. EL SACERDOCIO DE CRISTO EN LA HISTORIA

A. IGLESIA PRIMITIVA

Los Padres de la iglesia no investigaron en detalle la obra sacerdotal de Cristo en el cielo; su énfasis principal fue sobre la obra sacerdotal de Cristo en la cruz donde se ofreció a sí mismo como sacrificio (Orígenes, *Comentario sobre el Evangelio de Juan* 1:40 [ANF 9:318,319]). Atanasio reconoció la continuidad entre el sacrificio de Cristo en la cruz y su ministerio sacerdotal en el cielo donde Cristo estaba llevando a cabo una obra de propiciación, redención, santificación y juicio (*Discurso contra los arrianos* 1.11.41; 2.14. 7 [NPNF-2 4:330,351]), como lo hizo Agustín de Hipona (c. 354-430; *Sermón* 8. 1; 87.1; *Tratados sobre el Evangelio de Juan* 22. 5 [NPNF-1 6:284; 7:146]). Sin embargo, la iglesia introdujo mediadores adicionales por medio de los cuales se concedía el perdón a los creyentes. Entre los más importantes estaban los sacerdotes (Orígenes, *Homilía sobre Levítico* 2.4; *Homilía sobre 1 Corintios* 23). A eso se añadió la intercesión de los santos y los apóstoles en el cielo (Orígenes, *Exhortación al martirio* 30; *Sobre la oración* 11.2; *Homilía sobre Números* 10.2).

La realidad de la existencia de un Santuario celestial fue prácticamente pasada por alto en la literatura patristica. Al parecer, el dualismo griego hizo difícil que los Padres de la iglesia aceptaran la realidad de un Santuario celestial. La tendencia fue la especulación sobre el significado del Santuario israelita usando un enfoque místico o alegórico. Incluso aquellos que escribieron sobre Hebreos espiritualizaron las cosas celestiales (Crisóstomo, *Homilía sobre Hebreos* 14. 3 [NPNF-1 14:433]). Ireneo identificó el Templo de Dios con el creyente (*Contra los herejes* 5. 6. 2 [ANF 1:532]) mientras que otros, con más frecuencia, lo identificaron con la iglesia (Agustín de Hipona, *Enchiridion* [Manual sobre la fe, la esperanza y el amor] 56; Metodios, [m. 311] *El banquete de las diez vírgenes* 5. 7 [ANF 6:328]).

B. LA EDAD MEDIA Y LA REFORMA

Los Padres de la iglesia pusieron el fundamento para la interpretación del Santuario israelita y la obra sacerdotal de Cristo durante la Edad Media. Siempre se reconoció la muerte propiciatoria

de Cristo, pero su obra intercesora como Sumo Sacerdote continuó siendo complementada por la obra de muchos santos. Durante este período se popularizó la idea de la obra intercesora de la virgen María, la mediadora. La interpretación del Santuario celestial como la iglesia cristiana, llegó a ser la opinión teológica dominante. El Venerable Beda (c. 673-735), a comienzos de la Edad Media, escribió un volumen sobre el tabernáculo israelita que tuvo mucha influencia. Era una exposición alegórica de Éxodo 24:12-30:21, en la que, siguiendo los autores patristicos, sostenía que el tabernáculo era un símbolo de la iglesia. Sugirió, de una manera más exacta, que el tabernáculo representaba la iglesia presente y el templo de Salomón, la iglesia futura. Durante siglos la interpretación eclesiológica del Santuario fue la opinión predominante.

La naturaleza de la expiación llegó a ser un tema importante de discusión durante la Edad Media. La obra más influyente que se produjo sobre este tema fue *Cur deus homo?* (¿Por qué Dios se hizo hombre?), escrita por Anselmo (c. 1033-1109). Fue una exposición muy poderosa de la muerte propiciatoria de Cristo como nuestro sustituto, por medio de la cual quedó completamente satisfecha la justicia de Dios. Se desarrollaron otras exposiciones sobre la doctrina de la expiación como una reacción al punto de vista de Anselmo, entre ellas la teoría de la influencia moral de la expiación, de Pedro Abelardo (c. 1079-1142).

Los reformadores, en su sincera preocupación por la iglesia, llamaron a los cristianos a volver a la Biblia como la única fuente de fe y práctica. Por consiguiente, Martín Lutero recalcó la suficiencia total de Cristo como nuestro sacrificio expiatorio y el único mediador ante el Padre. Lutero dijo que estaba “a la diestra de Dios, no para quedar inactivo mientras pasaba su tiempo allí, sino para salvarnos de todo pecado, de la muerte y del poder del demonio” (*Sermón* 37 sobre Juan 3:23). Lutero reafirmó la descripción bíblica de Cristo como sacerdote, y concluyó que podemos “estar seguros, sí, completamente seguros, que Cristo es sacerdote delante de Dios” en nuestro favor (*Vorlesungen über den Hebraerbrief* [Lecciones sobre la Epístola a los Hebreos] 9:24). Calvino desarro-

lló el concepto de los tres oficios de Cristo: profeta, rey y sacerdote, que se ha convertido en una característica tradicional en la teología protestante. La obra sacerdotal de Cristo tiene dos partes: 1. su obra en la cruz y 2. su intercesión en el Santuario celestial ante el Padre. Calvino definió esa obra de intercesión como “la aplicación continua de la muerte de Cristo para nuestra salvación. Que Dios no nos imputa nuestros pecados; porque tiene consideración a Cristo como el intercesor” (*Comentario sobre Juan 2.1*). Calvino usó el lenguaje de Hebreos para el referirse al Santuario celestial, pero Lutero pareció entender el Lugar Santo del Santuario israelita como simbolizando la iglesia militante y el Lugar Santísimo como representando la iglesia triunfante (*Vorlesungen über den Hebraerbrief 9. 2*).

Los teólogos puritanos ingleses demostraron gran interés en el ministerio sumo sacerdotal de Cristo en el Santuario celestial. El teólogo puritano John Owen, en su *Expositions on Hebrews* (1668-1674), subrayó la importancia del ministerio de Cristo en el Santuario celestial: “La intercesión real de Cristo en el cielo [...] es artículo fundamental de nuestra fe y fundamento principal de la consolación de la iglesia” (sobre Hebreos 7:23-25). Indicó específicamente que “la aplicación real para nosotros de la gracia y misericordia depende de su comparecencia delante de Dios y la intercesión que la acompaña” (sobre Hebreos 9:24).

Los autores puritanos basaron su interpretación del sacerdocio de Cristo en el libro de Hebreos y en la naturaleza tipológica de los servicios del Santuario israelita. La misma “existencia de un Santuario celestial fue norma teológica entre los clérigos puritanos” (Ball, 109). Este Santuario celestial fue el modelo que se le mostró a Moisés. Owen observó que el sistema de sacrificios y el sacerdocio israelitas bosquejaban y señalaban a la totalidad de la obra de salvación de Cristo (*Expositions on Hebrews 8. 5*).

La obra sacerdotal de Cristo proporciona al creyente, entre muchas otras cosas, perdón del pecado, acceso a Dios, seguridad de la salvación, poder espiritual y una esperanza gloriosa. Su ministerio todoficiente hace innecesaria la intervención de cualquier otro mediador entre Dios y el creyente; cualquiera que intenta obtener ayuda en cualquier otro lugar, según David Dickson, niega a Cristo (Ball, 117). El estudio de las actividades del Día de la Expiación llevó a algunos a observar

que el ritual tenía lugar después de los servicios diarios; es decir, el marco para el ritual era un marco de salvación. De igual manera, Cristo comenzó su obra sacerdotal después de que se ofreció como un sacrificio salvífico. Los autores puritanos creían que el Día de la Expiación tenía significado legal y judicial. En ese día el pueblo no solo era bendecido sino también juzgado. Los pensadores puritanos no hicieron ninguna distinción cronológica entre el cumplimiento tipológico del servicio diario y el anual del Día de la Expiación (Ball 115).

C. EL PERÍODO MODERNO

La erudición moderna rechaza dar un enfoque historicista a la interpretación de las profecías de Daniel y Apocalipsis. Los cristianos conservadores reconocen el significado expiatorio de la muerte de Cristo, pero su mediación sumo sacerdotal continúa siendo una zona descuidada. Algunos eruditos toman la realidad del Santuario celestial de Hebreos como una imagen para designar la presencia de Dios más que un lugar (Guthrie, 196). Otros lo toman sencillamente como lenguaje figurado, poético (Hagner, 117) o como lenguaje para designar al creyente individual en el cual mora Cristo (Stedman, 996-998)

D. EL PENSAMIENTO ADVENTISTA

Durante el siglo XIX, en Norteamérica hubo un gran interés por la segunda venida de Cristo. Uno de los líderes más influyentes de este reavivamiento fue Guillermo Miller (1782-1849). Sus estudios de las profecías de Daniel lo llevaron a concluir que la “purificación del santuario” de Daniel 8:14 se refería al regreso del Señor (la purificación del pecado de la tierra) y que los 2.300 años terminarían en 1843-1844. Él y sus seguidores establecieron finalmente que Jesús volvería el 22 de octubre de 1844. El fracaso de esa predicción dio como resultado el Gran Chasco.

Algunos milleritas buscaron una explicación del chasco. Examinaron cuidadosamente la cronología de los 2.300 días y dedujeron que era incorrecta y que el error estaba en el acontecimiento. Hiram Edson sugirió que al fin de los 2.300 años Cristo entró en el Lugar Santísimo para llevar a cabo una obra especial antes de regresar a la tierra. Owen R. L. Crosier desarrolló la idea por medio

de un estudio de los servicios en el Santuario israelita en conjunción con el libro de Hebreos. Concluyó que había dos Santuarios: uno terrenal y otro celestial. Afirmó que Daniel 8:14 era una referencia al Santuario celestial y la obra de Cristo en él. Intentando definir la obra sacerdotal de una manera más exacta, indicó que constaba de dos fases: una comenzó en la ascensión, correspondiendo a la obra en el Lugar Santo, y la otra, que comenzó en 1844, correspondía al servicio en el Lugar Santísimo.

Esta obra de Cristo era un cumplimiento tipológico de la obra del sumo sacerdote en el Santuario israelita. El día anti típico de la expiación era el tiempo transcurrido desde 1844 hasta el fin del milenio de Apocalipsis 20, la consumación de la historia de la salvación. En la cruz se hizo el sacrificio por el pecado; la intercesión sacerdotal de Cristo, por medio de los méritos de su sangre, hizo expiación por los pecados de los pecadores arrepentidos. El Santuario israelita quedaba contaminado por una franca rebelión y por medio de la confesión del pecado. La contaminación mediante la confesión tenía lugar cuando el pecado se transfería al sacrificio y, por medio de su sangre, al Santuario. Se concluyó que el Santuario celestial quedaba contaminado por los pecados confesados de los siervos de Dios.

El estudio del Lugar Santísimo en el Santuario terrenal llevó a los creyentes adventistas a estudiar el arca del pacto en la que se habían colocado los Diez Mandamientos. Bajo la influencia de Hiram Edson, Elena G. de White y O. R. L. Crosier, se estableció una relación entre el sistema ritual del Santuario, los Diez Mandamientos y el sábado. Como resultado surgió un grupo de creyentes adventistas guardadores del sábado. El estudio del Santuario también resultó en una comprensión mejor del juicio final. Joseph Bates sugirió que la escena de juicio de Daniel 7 y la hora del juicio de Dios en Apocalipsis 14:6 eran referencias a la obra de Cristo después de 1844. Esta idea fue desarrollada por otros, específicamente por Jaime White. Se llegó a la conclusión que la purificación del Santuario celestial incluía el juicio investigador del pueblo de Dios, seguido por el juicio de los impíos y la disposición final sobre Satanás, representado por la figura de Azazel en Levítico 16 (Damsteegt 85-92; Maxwell 119-157).

La relación entre Daniel 7 y 8 y Apocalipsis 14:6-12 proporcionó a los primeros adventistas un

sentido de misión al mundo, una misión representada proféticamente en el mensaje de los tres ángeles. Pero la doctrina del sacerdocio de Cristo tuvo también una dimensión experimental. Mientras que Cristo estaba llevando a cabo la purificación del Santuario en el cielo, el pueblo de Dios en la tierra debía purificar su vida del pecado por medio de la obra del Espíritu.

El estudio de la evidencia bíblica llevó a los adventistas a concluir que una definición teológica de la expiación debía incluir tanto la cruz como el lugar de la muerte expiatoria de Cristo como su ministerio sacerdotal en el Santuario celestial. Un refinamiento en la interpretación del juicio investigador, también llamado juicio anterior al advenimiento, dedujo que no es para informar a Dios sino para revelar su justicia. De hecho, "Dios condesciende a mostrarles su justicia y su rectitud en su trato con los pecadores", mientras que al mismo tiempo el "juicio investigador es una revelación de amor y lealtad a Dios en su mejor expresión" (Heppenstall, 209, 216).

La interpretación adventista del ministerio sacerdotal de Cristo en el Santuario celestial es significativamente diferente a la de otros cristianos. Sobre este punto también ha habido disidentes dentro de la iglesia. Albion Fox Ballenger (1861-1921), W. W. Fletcher (1879-1947), Louis Richard Conradi (1856-1939), E. B. Jones (floreció entre 1919-1949) y Desmond Ford durante la década de 1980. Aproximadamente al mismo tiempo, la Asociación General ponía en marcha una Comisión sobre Daniel y Apocalipsis, designada para revisar las enseñanzas de estos libros y la interpretación que de ellos hacen los adventistas. La tarea de la comisión fue amplia en su alcance, pues también incluía preguntas suscitadas por Ford. Continúan siendo de interés para los miembros de iglesia, como se puede ver por la publicación y las ventas de libros de divulgación sobre el tema. Algunos autores pusieron gran énfasis en el simbolismo de casi cada detalle del ritual mientras que otros se concentraron sobre el significado tipológico de sus servicios.

La doctrina del sacerdocio de Cristo, junto con la interpretación profética de Daniel 8:14, proporciona a la Iglesia Adventista del séptimo Día una identidad histórica. Los adventistas no ven su movimiento como un accidente histórico, sino como el resultado de la intervención especial de Dios en los asuntos humanos. El cumplimiento de Daniel

8:14 en 1844 confirma la presencia de los adventistas del séptimo día en el mundo y particularmente en la comunidad cristiana. Así como el comienzo del ministerio sacerdotal de Cristo coincidió con el derramamiento del Espíritu Santo en la

iglesia que acababa de establecerse (Hechos 2:33), el comienzo del día antitípico de la expiación coincidió con el nacimiento de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

VI. COMENTARIOS DE ELENA DE WHITE

A. LOS SERVICIOS DEL SANTUARIO ISRAELITA

“El sistema de la economía judía era el evangelio en figura, una presentación del cristianismo que iba a desarrollarse tan rápidamente como las mentes de la gente pudieran comprender la luz espiritual” (*Fundamentals of Christian Education*, p. 238)

“El Evangelio de Cristo proyecta gloria sobre la era judía; proyecta luz sobre todo el sistema judaico y da significado a la ley ceremonial. El tabernáculo o templo de Dios en la tierra era un modelo tomado del original del cielo. Todas las ceremonias de la ley judaica eran proféticas, simbolizaban misterios del plan de redención” (*Signs of the Times*, 29 de julio de 1886, en *Comentario bíblico adventista*, tomo 6, p. 1095).

“En cada sacrificio estaba implícita una lección e impresa en cada ceremonia, solemnemente predicada por el sacerdote en su santo ministerio, e inculcada por Dios: que solo por medio de la sangre de Cristo hay perdón de los pecados. ¡Cuán poco sentimos en conjunto la fuerza de esta gran verdad! ¡Cuán raras veces, mediante una fe viviente y real, hacemos que penetre en nuestra vida esta gran verdad: que hay perdón para el pecado más pequeño, perdón para el pecado más grande!” (*Review and Herald*, 21 de septiembre de 1886; en *Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 944).

“De este modo en el servicio del tabernáculo, y en el del templo que posteriormente ocupó su lugar, se enseñaban diariamente al pueblo las grandes verdades relativas a la muerte y al ministerio de Cristo, y una vez al año sus pensamientos eran llevados hacia los acontecimientos finales de la gran controversia entre Cristo y Satanás, y hacia la purificación final del universo, que lo limpiará del pecado y de los pecadores” (el teólogo puritano John Owen, citado en *Patriarcas y profetas*, p. 372).

“El incienso, que ascendía con las oraciones de Israel, representaba los méritos y la intercesión de Cristo, su perfecta justicia, la cual por medio de la fe es acreditada a su pueblo y es lo único que puede hacer el culto de los seres humanos aceptable a Dios. Delante del velo del lugar santísimo, había un altar de intercesión perpetua; y delante del lugar santo, un altar de expiación continua. Había que acercarse a Dios mediante la sangre y el incienso, pues estas cosas simbolizaban al gran Mediador, por medio de quien los pecadores pueden acercarse a Jehová, y por cuya intervención tan solo puede otorgarse misericordia y salvación al alma arrepentida y creyente” (*Patriarcas y profetas*, p. 366).

“La ley de Dios, guardada como reliquia dentro del arca, era la gran regla de la rectitud y el juicio. Esa ley determinaba la muerte del transgresor; pero encima de la ley estaba el propiciatorio, donde se revelaba la presencia de Dios y desde el cual, en virtud de la expiación, se otorgaba el perdón al pecador arrepentido. Así, en la obra de Cristo en favor de nuestra redención, simbolizada por el servicio del santuario, 'la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz de besaron' (Salmo 85:10)” (*Patriarcas y profetas*, p. 361).

“El servicio diario consistía en el holocausto matutino y el vespertino, en ofrecimiento del incienso en el altar de oro y de los sacrificios especiales por los pecados individuales. Además, había sacrificios para los sábados, las lunas nuevas y las fiestas especiales.

“Cada mañana y cada tarde se ofrecía sobre el altar un cordero de un año, con las oblações apropiadas de presentes, para simbolizar la consagración diaria a Dios de toda la nación y su constante dependencia de la sangre expiatoria de Cristo” (*Patriarcas y profetas*, p. 365).

B. EL SACRIFICIO DE CRISTO

“[Cristo] como portador del pecado, sacerdote y representante del hombre ante Dios, formó parte de la vida de la humanidad llevando nuestra carne y sangre. La vida está en la corriente viviente y vital de sangre, la cual fue dada para la vida del mundo. Cristo consumó una expiación plena entregando su vida en rescate por nosotros. Nació sin una mancha de pecado, pero vino al mundo a la semejanza de la familia humana. No tuvo un cuerpo que fuera solo una apariencia, sino que tomó la naturaleza humana participando de la vida de la humanidad” (*Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 937).

“La reconciliación del hombre con Dios solo podía ser realizada mediante un mediador que fuera igual a Dios, que poseyera los atributos que lo dignificaran y lo declararan digno de tratar con el Dios infinito en favor del hombre, y también de representar a Dios ante un mundo caído. El sustituto y garantía del hombre debía tener la naturaleza del hombre, un entronque con la familia humana a quien debía representar y, como embajador de Dios, debía participar de la naturaleza divina, debía tener una unión con el Infinito a fin de manifestar a Dios ante el mundo y ser un mediador entre Dios y el hombre” (*Review and Herald*, 22 de diciembre de 1891; en *Comentario bíblico adventista*, tomo 7, apéndice C, p. 486).

“Cristo, en consejo con su Padre, instituyó el sistema de ofrendas de sacrificio para que la muerte, en vez de recaer inmediatamente sobre el transgresor, fuera transferida a una víctima que prefiguraba la ofrenda, grande y perfecta, del Hijo de Dios.

“Los pecados de la gente eran transferidos simbólicamente al sacerdote oficiante, que era mediador del pueblo. El sacerdote no podía por sí mismo convertirse en ofrenda por el pecado y hacer expiación con su vida, porque también era pecador. Por lo tanto, en vez de sufrir él mismo la muerte, sacrificaba un cordero sin defecto. El castigo del pecado era transferido al animal inocente, que así llegaba a ser su sustituto inmediato y simbolizaba la perfecta ofrenda de Jesucristo. Mediante la sangre de esta víctima, el hombre veía por fe en el porvenir la sangre de Cristo que expiaría los pecados del mundo” (*Signs of the Times*, 14 de marzo de 1878 en *Mensajes selectos*, tomo 1, p. 270).

“Los ríos de sangre que fluían en ocasión de la acción de gracias de la cosecha, cuando se ofrecían sacrificios en tan grandes cantidades, tenían el propósito de enseñar una gran verdad, pues aún los productos de la tierra, las mercedes provistas para el sustento del hombre, las debemos a la ofrenda de Cristo sobre la cruz del Calvario. Dios nos enseña que todo lo que recibimos de él es la dádiva del amor redentor” (*Review and Herald*, 10 de noviembre de 1896; en *Comentario bíblico adventista*, tomo 1, p. 1121).

C. EL SANTUARIO CELESTIAL

“Las Escrituras contestan con claridad a la pregunta: ¿Qué es el Santuario? La palabra 'santuario', tal cual la usa la Biblia, se refiere, en primer lugar, al tabernáculo que construyó Moisés, como figura o imagen de las cosas celestiales; y, en segundo lugar, al 'verdadero tabernáculo' en el cielo, hacia el cual señalaba el santuario terrenal. Muerto Cristo, terminó el ritual típico. El 'verdadero tabernáculo' en el cielo es el santuario del nuevo pacto. Y como la profecía de Daniel 8:14 se cumple en esta dispensación, el santuario al cual se refiere debe ser el santuario del nuevo pacto” (*El conflicto de los siglos*, p. 469).

“Ningún edificio terrenal podría representar la grandeza y la gloria del templo celestial, la morada del Rey de reyes donde 'millares de millares' le sirven y 'millones de millones' están delante de él (Daniel 7:10), de aquel templo henchido de la gloria del trono eterno, donde los serafines, sus guardianes resplandecientes, se cubren el rostro en su adoración. Sin embargo, las verdades importantes acerca del Santuario celestial y de la gran obra que allí se efectúa en favor de la redención del hombre debían enseñarse mediante el santuario terrenal y sus servicios” (*Patriarcas y profetas*, p. 371).

“El esplendor incomparable del santuario terrenal reflejaba a la vista humana la gloria de aquel templo celestial donde Cristo nuestro precursor ministra por nosotros ante el trono de Dios. La morada del Rey de reyes, donde miles y miles ministran delante de él, y millones y millones están en su presencia (Daniel 7:10); ese templo, lleno de gloria del trono eterno, donde los serafines, sus flamantes guardianes, cubren sus rostros en adoración, no podía encontrar en la más grandiosa construcción que jamás edificaran manos humanas, más que un pálido reflejo de su inmensidad y de su gloria. Con todo, el santuario terrenal y sus

servicios revelaban importantes verdades relativas al santuario celestial y a la gran obra que se llevaba allí a cabo para la redención del hombre.

“Los lugares santos del santuario celestial están representados por los dos departamentos del santuario terrenal” (*El conflicto de los siglos*, pp. 466, 467).

D. LA OBRA SUMO SACERDOTAL DE CRISTO

“El servicio del santuario terrenal consistía en dos partes; los sacerdotes ministraban diariamente en el lugar santo, mientras que una vez al año el sumo sacerdote efectuaba un servicio especial de expiación en el lugar santísimo, para purificar el santuario. Día tras día el pecador arrepentido llevaba su ofrenda a la puerta del tabernáculo, y poniendo la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así figurativamente de sí mismo a la víctima inocente. Luego se mataba el animal. 'Sin derramamiento de sangre', dice el apóstol, no hay remisión de pecados. 'La vida de la carne en la sangre está'. (Levítico 17:11). La ley de Dios quebrantada exigía la vida del transgresor. La sangre que representaba la vida comprometida del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al lugar santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia el pecado era transferido figurativamente, por intermedio de la sangre al santuario. En ciertos casos, la sangre no era llevada al lugar santo; pero el sacerdote debía entonces comer la carne, como Moisés lo había mandado a los hijos de Aarón, diciendo: 'La dio él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación' (Levítico 10:17). Ambas ceremonias simbolizaban por igual la transferencia del pecado del penitente al santuario” (*El conflicto de los siglos*, pp. 470, 471).

“Como el ministerio de Cristo iba a consistir en dos grandes divisiones, ocupando cada una un período de tiempo y teniendo un sitio distinto en el santuario celestial, asimismo el culto simbólico consistía en el servicio diario y el anual, y a cada uno de ellos se dedicaba una sección del tabernáculo” (*Patriarcas y profetas*, p. 371).

“Jesús está en el Lugar Santísimo, para comparecer por nosotros ante la presencia de Dios. Allí, no cesa de presentar a su pueblo momento

tras momento, como completo en Él. Pero, por estar así representados delante del Padre no hemos de imaginar que podemos abusar de su misericordia y volvernos descuidados, indiferente y licenciosos. Cristo no es el ministro del pecado. Estamos completos en él, aceptados en el Amado, únicamente si permanecemos en él por fe” (*Fe y obras*, pp. 111, 112).

“Nuestro gran Sumo Sacerdote completó la ofrenda expiatoria de sí mismo cuando sufrió fuera de la puerta. Entonces se hizo una perfecta expiación por los pecados de la gente. Jesús es nuestro Abogado, nuestro Sumo Sacerdote, nuestro Intercesor; por lo tanto, nuestra situación actual es como la de los israelitas que estaban en el atrio exterior, esperando y buscando esa bendita esperanza, el glorioso apareamiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. [...] El símbolo se encontró con la realidad simbolizada en la muerte de Cristo, el Cordero muerto por los pecados del mundo. El gran Sumo Sacerdote ha hecho el único sacrificio que es de valor.

“Cristo no necesita en su intervención como nuestro Abogado de la virtud de ningún hombre, ni de la intercesión de ningún hombre. Cristo es el único que lleva los pecados, la única ofrenda por el pecado. Las oraciones y la confesión deben ofrecerse únicamente a Aquel que entró una vez para siempre en el lugar santo. Cristo ha declarado: 'Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo'. Él salvará hasta lo sumo a todos los que se allegan a él por fe. Vive siempre para interceder por nosotros. Esto hace que no tenga valor la ofrenda de la misa, una de las falsedades del romanismo” (*Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 925).

“El Hijo de Dios [...] ha cumplido su promesa, y ha entrado en los cielos para asumir el gobierno de la hueste celestial. Cumplió un aspecto de su sacerdocio al morir en la cruz por la raza caída. Ahora está cumpliendo otro aspecto: aboga delante del Padre por el caso del pecador arrepentido y creyente, presentando a Dios las ofrendas de su pueblo. A él se ha confiado el juicio del mundo porque tomó la naturaleza humana y venció en esa naturaleza las tentaciones del enemigo, y tiene la perfección divina. El caso de cada uno será revisado delante de él, y pronunciará la sentencia que dará a cada uno conforme a sus obras” (*Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 940).

“¿Qué está haciendo Cristo en el cielo? Está intercediendo por nosotros. Mediante su obra los umbrales del cielo se inundan con la gloria de Dios, que brillará sobre cada persona que abra las ventanas del alma en dirección al cielo. Cuando las oraciones de los sinceros y contritos ascienden al cielo, Cristo dice al Padre: 'Tomaré los pecados de ellos. Que estén ellos ante ti como inocentes'. Al tomar sus pecados llena los corazones de ellos con la gloriosa luz de verdad y amor” (*Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 942).

“La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección. Por la fe debemos entrar velo adentro, 'donde entró por nosotros como precursor Jesús' (Hebreos 6:20). Allí, se refleja la luz de la cruz del Calvario; y allí podemos obtener una comprensión más clara de los misterios de la redención. La salvación del hombre se cumple a un precio infinito para el cielo; el sacrificio hecho corresponde a las más amplias exigencias de la ley de Dios quebrantada. Jesús abrió el camino que lleva al trono del Padre, y por su mediación pueden ser presentados ante Dios los deseos sinceros de todos los que a él se allegan con fe” (*El conflicto de los siglos*, p. 543).

“Cristo intercede por la raza perdida mediante su vida inmaculada, su obediencia y su muerte en la cruz del Calvario. Y ahora el Capitán de nuestra salvación intercede por nosotros no solo como un solicitante, sino como un vencedor que exhibe su victoria. Su ofrenda es completa, y como nuestro intercesor ejecuta la obra que se ha impuesto a sí mismo, sosteniendo ante Dios el incensario que contiene sus propios méritos inmaculados y las oraciones, las confesiones y los agradecimientos de su pueblo. El incienso asciende a Dios como un olor grato, perfumado por la fragancia de su justicia. La ofrenda es plenamente aceptable, y el perdón cubre todas las transgresiones. Para el verdadero creyente, Cristo es sin duda alguna el ministro del santuario, que oficia para él en el santuario, y que habla por los medios establecidos por Dios” (*Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 942).

“Cristo, nuestro Mediador, y el Espíritu Santo, están intercediendo constantemente en favor del hombre, pero el Espíritu no ruega por nosotros

como lo hace Cristo, quien presenta su sangre derramada desde la fundación del mundo. El Espíritu actúa sobre nuestro corazón instándonos a la oración y al arrepentimiento, a la alabanza y al agradecimiento. La gratitud que fluye de nuestros labios es el resultado de la acción del Espíritu sobre las cuerdas del alma en santos recuerdos que despiertan la música del corazón.

“Los servicios religiosos, las oraciones, la alabanza, la confesión arrepentida del pecado ascienden desde los verdaderos creyentes como incienso ante el santuario celestial, pero al pasar por los canales corruptos de la humanidad se contaminan de tal manera que, a menos que sean purificados por sangre, nunca pueden ser de valor ante Dios. No ascienden en pureza inmaculada, y a menos que el Intercesor, que está a la diestra de Dios, presente y purifique todo por su justicia, no son aceptables ante Dios. Todo el incienso de los tabernáculos terrenales debe ser humedecido con las purificadoras gotas de la sangre de Cristo. Él sostiene delante del Padre el incensario de sus propios méritos, en los cuales no hay mancha de corrupción terrenal. Recoge en ese incensario las oraciones, la alabanza y las confesiones de su pueblo, y a ellas les añade su propia justicia inmaculada. Luego, perfumado con los méritos de la propiciación de Cristo, asciende el incienso delante de Dios plena y enteramente aceptable. Así se obtienen respuestas benignas” (*Mensajes selectos*, tomo 1, pp. 403, 404).

“Nuestro Señor crucificado está intercediendo por nosotros en la presencia del Padre delante del trono de la gracia. Podemos recurrir a su sacrificio expiatorio para nuestro perdón, nuestra justificación y nuestra santificación. El Cordero sacrificado es nuestra única esperanza. Nuestra fe eleva la mirada hacia él, se aferra a él como a Aquel que puede salvar hasta lo sumo, y el Padre acepta la fragancia de una ofrenda ampliamente suficiente. A Cristo ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra y para el que cree todas las cosas son posibles. La gloria de Cristo está implicada en nuestro éxito. Él tiene un interés común en toda la humanidad. Es nuestro Salvador que simpatiza con nosotros” (*Comentario bíblico adventista*, tomo 7, pp. 959, 960).

“Acompañado por ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote entra en el lugar santísimo, y allí, en la presencia de Dios, da principio a los últimos actos de su ministerio en beneficio del

hombre, a saber, cumplir la obra del juicio y hacer expiación por todos aquellos que resulten tener derecho a ella” (*El conflicto de los siglos*, p. 534).

“En el sistema simbólico, que era sombra del sacrificio y del sacerdocio de Cristo, la purificación del santuario era el último servicio efectuado por el sumo sacerdote en el ciclo anual de su ministerio. Era el acto final de la obra de expiación, una remoción o apartamiento del pecado de Israel. Prefiguraba la obra final en el ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, en el acto de borrar los pecados de su pueblo, que están consignados en los libros celestiales. Este servicio envuelve una obra de investigación, una obra de juicio, y precede inmediatamente la venida de Cristo en las nubes del cielo con gran poder y gloria” (*El conflicto de los siglos*, pp. 400, 401).

“Aunque la sangre de Cristo habría de librar al pecador arrepentido de la condenación de la ley, no había de anular el pecado; este queda registrado en el santuario hasta la expiación final; así en el símbolo, la sangre de la víctima quitaba el pecado del arrepentido, pero quedaba en el santuario hasta el día de la expiación.

“En el gran día del juicio final, los muertos han de ser juzgados 'por las cosas que' están 'escritas en los libros, según sus obras' (Apocalipsis 20:12). Entonces en virtud de la sangre expiatoria de Cristo, los pecados de todos los que se hayan arrepentido sinceramente serán borrados de los libros celestiales. En esta forma el santuario será liberado, o limpiado, de los registros del pecado. En el símbolo, esta gran obra de expiación, o el acto de borrar los pecados, estaba representada por los servicios del día de la expiación, o sea de la purificación del santuario terrenal, la cual se realizaba en virtud de la sangre de la víctima y por la eliminación de los pecados que lo manchaban.

“Así como en la expiación final los pecados de los arrepentidos han de borrarse de los registros celestiales, para no ser ya recordados, en el símbolo terrenal eran enviados al desierto y separados para siempre de la congregación” (*Patriarcas y profetas*, pp. 371, 372).

“Se vio además que, mientras que el holocausto señalaba a Cristo como sacrificio, y el sumo sacerdote representaba a Cristo como mediador, el macho cabrío simbolizaba a Satanás, autor del pecado, sobre quien serían colocados finalmente los pecados de los verdaderamente arrepentidos. Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre del holocausto, quitaba los pecados del santuario los ponía sobre la cabeza del macho cabrío para Azazel. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, quite del santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministerio, los pondrá sobre Satanás, el cual en la consumación del juicio debe cargar con la pena final. El macho cabrío era enviado lejos a un lugar desierto, para no volver jamás a la congregación de Israel. Así también Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y de los pecadores” (*El conflicto de los siglos*, p. 475).

“Este es el gran día de la expiación, y nuestro Abogado está de pie ante el Padre suplicando como nuestro intercesor. En vez de ataviarnos con las vestiduras de justicia propia, deberíamos ser hallados cada día humillándonos delante de Dios, confesando nuestros pecados individuales, buscando el perdón de nuestras transgresiones, y cooperando con Cristo en la obra de preparar nuestras almas para que reflejen la imagen divina” (*Comentario bíblico adventista*, tomo 7, p. 945).

VII. BIBLIOGRAFÍA

Ball, Bryan W. *The English Connection The Puritan Roots of Seventh-day Adventist Belief*. Cambridge, Gran Bretaña: James Clarke, 1981.

Beda, Venerable. *On the Tabernacle*, trad. Arthur G. Holder. Liverpool: University Press, 1994.

Damsteegt, P. Gerard. “Historical Background (Early Nineteenth Century)”, “Among Sabbatarian Adventists (1845-1850)”, y “Continued Clarification (1850-1863)”, en *Doctrine of the Sanctuary: A Historical Survey*. Ed. Frank B.

Holbrook. Silver Spring, Maryland: Biblical Research Institute, 1989, pp. 1-118.

Ellingworth, Paul. *The Epistle to the Hebrews: A Commentary on the Greek Text*. Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1993.

Feldman, Emanuel. *Biblical and Post-Biblical Defilement and Meaning*. Nueva York: KTAV, 1977.

Guthrie, Donald. *The Letter to the Hebrews*. Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1983.

Hagner, Donald A. *Hebrews. New International Biblical Commentary*. Peabody, Massachusetts: Hendrickson, 1990.

Hasel, Gerhard F. "Studies in Biblical Atonement I: Continual Sacrifice, Defilement/ Cleansing and Sanctuary", en *The Sanctuary and the Atonement*. Ed. Arnold V. Wallenkampf, W. Richard Leshner. Washington, D.C.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1981, pp. 87-114.

Heppenstall, Edward. *Our High Priest*. Washington, D.C.: Review and Herald, 1972.

Holbrook, Frank B., ed. *Symposium on Daniel: Introductory and Exegetical Studies*. Washington, D.C.: Biblical Research Institute, 1986.

_____: *The Seventy Weeks, Leviticus, and the Nature of Prophecy*. Washington, D.C.: Biblical Research Institute, 1986.

_____: *Issues in the Book of Hebrews*. Silver Spring, Maryland: Biblical Research Institute, 1989.

_____: *The Atoning Priesthood of Jesus Christ*. Berrien Springs, Michigan: Adventist Theological Society Publications, 1996.

Johnsson, William. *In Absolute Confidence*. Nashville: Southern Pub. Assn., 1979.

_____: "The Significance of the Day of Atonement Allusions in the Epistle to the Hebrews", en *The Sanctuary and the Atonement*. Ed. Arnold V. Wallenkampf, W. Richard Leshner. Washington D.C.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1981, pp. 380-393.

Lane, William L. *Hebrews 9-13*. Dallas:

Word, 1991.

Levine, Baruch A. *In the Presence of the Lord*. Leiden: E. J. Brill, 1974.

Maxwell, C. Mervyn. "The Investigative Judgment: Its Early Development", en *Doctrine of the Sanctuary: A Historical Survey*. Ed. Frank B. Holbrook, Silver Spring, Maryland: Biblical Research Institute, 1989, pp. 119-157.

Milgrom, Jacob. *Leviticus 1-16*. Nueva York: Doubleday, 1991

Olsen V. Norskov. "The Atonement in Protestant Reformation Thought", en *The Sanctuary and the Atonement*. Ed. Arnold V. Wallenkampf, W. Richard Leshner. Washington D.C.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1981, pp. 452-463

Owen, John. *An Exposition of Hebrews*. 4 t. Evansville, Illinois: Sovereign Grace Publishers, 1960.

Rodriguez, Angel Manuel. "El Santuario y sus servicios en la literatura patristica". *Theologika* 7 (1992): p. 22-79.

_____. *Seventh-day Adventists Answer Questions on Doctrine*. Washington, D.C.: Review and Herald, 1957.

Shea, William H. *Estudios selectos sobre interpretación profética*. Buenos Aires: Salt, 1990.

Stedman, Ray C. *Hebrews*. Downers Grove, Illinois: InterVarsity, 1992.

Wallenkampf, Arnold V., y W. Richard Leshner, eds. *The Sanctuary and the Atonement*. Washington, D.C.: General Conference of Seventh-day Adventists, 1981

Apéndice A TÁ HÁGIA EN HEBREOS

A. HEBREOS 8:1, 2

En Hebreos 8:2 encontramos el primer uso del sustantivo *ta hagia* para designar el Santuario celestial. *Ta hagia* es un adjetivo plural con un artículo, que significa 'cosas santas' o, colectivamente, 'lo santo'. Se usa en la versión griega del AT (LXX = Septuaginta) para referirse al Santuario israelita. En Hebreos, Cristo es un ministro en *ta hagia*, definido más adelante como "aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre". El término 'tienda', *skene*, sin modificadores, se usa normalmente en LXX para designar el Tabernáculo israelita como un todo. En Hebreos 8:2, ambos sustantivos se refieren al Santuario celestial, entre los dos está la conjunción 'y' (*kai*) que aquí funciona como un *kai* epexegetico o explicativo, introduciendo un segundo sustantivo para definir al primero de una manera más exacta. Así, Cristo está oficiando en el Santuario (*ta hagia*), el verdadero Tabernáculo celestial (*skene*). Aquí *ta hagia* se refiere al Santuario celestial en su totalidad.

B. HEBREOS 9:1-10

En Hebreos 9:1, el Santuario terrenal recibe el nombre *hagion kosmikon*, 'el lugar santo terrenal'. Se usa un sustantivo singular con un artículo definido (*to hagion*) para designar el Santuario del primer (*prote*) pacto. Este Santuario tenía dos departamentos, llamados aquí 'tabernáculos' (*skene*). Al primero se lo llama *hagia*, literalmente, 'santos' sin un artículo definido porque con el artículo, *ta hagia* designa el Santuario como un todo y no meramente uno de sus departamentos (cf. 8:2). Al segundo tabernáculo se le llama *hagia hagion*, literalmente 'santo de santos'. En el versículo 6 se dice que los sacerdotes entran continuamente en la primera parte del Tabernáculo para llevar a cabo sus responsabilidades diarias. En el versículo 7, en el Día anual de la Expiación, solo el Sumo Sacerdote entra en el segundo tabernáculo. Hay un contraste implícito entre el acceso diario de los sacerdotes al Lugar Santo cada día y el acceso anual del sumo sacerdote al Lugar Santísimo una vez al año.

El Santuario celestial aparece en el versículo 8, que parece introducir una evaluación del Santuario terrenal. El Espíritu Santo había revelado al

creyente "no hallarse todavía manifiesto el camino del santuario [*ta hagia*], mientras subsiste el primer tabernáculo" (Str, BC, NBE, CI, NC). Aunque algunas versiones en diversos idiomas traducen 'tabernáculo exterior' en griego dice claramente 'primer tabernáculo'.

En los versículos 2-6, la "primera parte del tabernáculo" es el Lugar Santo del Santuario terrenal. Si eso todavía fuera así en el versículo 8, el texto estaría diciendo que mientras se realizaban los servicios en el lugar santo, no había acceso al Lugar Santísimo (*ta hagia*) del Santuario terrenal. Una conclusión tan evidente no exigiría la intervención del Espíritu Santo para comprenderla. Sin embargo, aquí, *ta hagia* se refiere al Santuario celestial. Esto significaría que mientras el Lugar Santo (*prote skene*) del Santuario terrenal estuviera funcionando, no estaba disponible el acceso al Santuario celestial. El versículo 8 sugeriría, entonces, que el acceso al Santuario celestial solo era posible a través del segundo tabernáculo (el Lugar Santísimo) del Santuario terrenal. Pero esa, sostenemos, no es la forma como Hebreos interpreta el Tabernáculo israelita.

La segunda solución a este problema exegético es tomar *prote skene* como una designación del Santuario israelita como un todo. Entonces el contraste está entre el primer Santuario *prote skene*, y el celestial *ta hagia* "Santuario". Esto está apoyado por las siguientes consideraciones.

1. En Hebreos 8 y 9 se presentan dos pactos y sus respectivos santuarios. El antiguo pacto es llamado primero, y el nuevo pacto, el segundo (8:7). El antiguo pacto tenía un Santuario terrenal que constaba de dos departamentos (9:1); lo mismo ocurría con el segundo pacto (vers. 8). Estos dos santuarios se contrastan en el versículo 8.

2. Según Hebreos, ni el Lugar Santo ni el Lugar Santísimo del Santuario terrenal proveían acceso libre y permanente a Dios. Una vez al año estaba disponible un acceso limitado al Sumo Sacerdote pero no al pueblo. Se necesitaba todo el Santuario para proporcionar un acceso completo y sin obstáculos a Dios. Por eso *prote skene* en el versículo 8 no debe limitarse al Lugar Santo.

3. Comenzando con 9:8 hay un cambio de las consideraciones espaciales a las temporales, como se indica por la partícula temporal *eti*,

“mientras, mientras que”. El contraste está entre los santuarios de dos eras diferentes: “todavía no se ha dado a conocer el camino del santuario mientras sigue en pie el primer tabernáculo” (CI; BJ); “no hallarse todavía manifiesto el camino del Santuario, mientras subsiste el primer tabernáculo” (Str; NBE). El *prote skene* se coloca ahora en el contexto de una discusión temporal y se toma para referirse, no al espacio enfrente del Lugar Santísimo, sino al Tabernáculo del primer pacto. De esa manera, el término *skene* designa al Santuario como un todo (cf. 8:2).

También se indica un cambio a una discusión temporal en los versículos 9 y 10. Según el versículo 9, el problema con el ministerio en el *prote skene*, era que las ofrendas y los sacrificios que allí se ofrecían, desde el punto de vista de la conciencia, no podían hacer perfecto al que lo practicaba. Esta limitación no se aplicaba solo a los servicios diarios, sino también a los anuales. Es lo que sugiere el uso de la frase “primer tabernáculo” para designar al Santuario como un todo. En el versículo 10 se expresa claramente el elemento tiempo: los servicios en el santuario terrenal iban a durar “hasta [*mechri*] el tiempo [*kairós*] de reformar las cosas”, es decir, hasta la venida de Cristo (vers. 10). El cambio de las reflexiones espaciales a las temporales es aún más claro si la frase “lo cual es símbolo [*parabolé*, ‘ilustración’] para el tiempo presente [*kairós*, ‘tiempo’]”, en el versículo 9, se toma para designar el tiempo cuando el *prote skene*, el Santuario terrenal, estaba en pie. El significado sería, entonces, que el Santuario terrenal mismo era una ilustración del hecho de que el acceso libre y final a Dios aún no era una realidad, y el versículo 10 introduciría el tiempo nuevo cuando se iba a eliminar la deficiencia. Entonces tenemos dos santuarios en dos períodos diferentes.

4. Cuando el autor de Hebreos establece un contraste entre los santuarios terrenal y celestial, normalmente toma el Santuario terrenal como un todo. Por ejemplo, el Santuario “hecho de manos” es el Santuario terrenal en su totalidad, que se contrasta con el celestial (9:24). En 8:2, el santuario que “levantó el hombre” es el terrenal, con sus lugares Santo y Santísimo, y se contrasta con el Santuario celestial (*ta hagia*). Por eso es improbable que en 9:8 exista un contraste entre el Lugar Santo terrenal y el Santuario celestial. El contraste entre los dos santuarios indica que el celestial también tiene una estructura bipartita.

En conclusión, Hebreos 9:8 contrasta el Santuario terrenal, llamado “el primer tabernáculo” con el celestial *ta hagia*. Ambos santuarios están visualizados en su totalidad. *Ta hagia* es el santuario celestial y no una parte o sección de él. El apóstol ha concluido, por medio de la iluminación del Espíritu Santo, que mientras subsistiera el Santuario terrenal, aún no estaba abierto el camino para el Santuario celestial; la misma existencia del Santuario terrenal ilustraba ese hecho. La venida, la muerte, la resurrección y la ascensión de Cristo, abrieron un camino para el Santuario celestial (cf. 10:19, 20).

C. HEBREOS 9:11, 12

El griego de esta larga oración es difícil desde el punto de vista sintáctico, sin embargo, son claros algunos aspectos de su significado.

1. Puede identificarse la oración principal: “entró una vez para siempre en el Santuario [*ta hagia*]” (Str, BJ, CI, NBE). Aquí se introduce el nuevo servicio sacerdotal de Cristo en el Santuario celestial en contraste con el sistema antiguo; la preposición ‘pero’ es adversativa. Nada indica que en la oración principal *ta hagia* designe el Lugar Santísimo del Santuario celestial; significa aquí lo mismo que en 8:2 y 9:8, todo el Santuario.

2. En el versículo 11 la expresión “el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación” se refiere al Santuario celestial. Ya se usó en 8:2 ‘tabernáculo’ (*skene*) para designar el Santuario celestial. El contraste implícito aquí está entre la “tienda” celestial y la “tienda” hecha por Moisés (8:5). Por eso, la tienda celestial y *ta hagia* en el versículo 12 se refieren a la misma entidad, el Santuario celestial.

Si bien los aspectos anteriores del versículo son claros, la relación de las cuatro oraciones subordinadas a la principal es compleja:

“Por [*dia*, ‘por medio de’, ‘a través de’] el más amplio y más perfecto tabernáculo”

“No hecho de manos, es decir, no de esta creación”

“Y no [*oudé*, “ni”] por [*dia*] sangre de machos cabríos ni de becerros”

“Sino por [*dia*] su propia sangre”

Las cuatro oraciones están íntimamente relacionadas. La segunda modifica la primera, clarificando por un paralelismo antitético la naturaleza

del “más amplio y más perfecto tabernáculo”. Las dos deben permanecer juntas en cualquier interpretación de esta cláusula gramatical. La tercera se introduce por el negativo 'ni' (*oudé*), que es, más bien, poco común e, incluso, inesperado. En griego, *oude* une oraciones negativas del mismo tipo. Aunque la oración previa es negativa, no es del mismo tipo. Esto sugiere un cambio de estilo que hace tolerable la presencia de 'ni' (*oude*). El uso de la preposición 'por' (*dia*) sugiere que se está introduciendo un nuevo elemento o idea. La última cláusula está relacionada evidentemente y conectada directamente con la tercera. Esto se indica por la presencia de la partícula adversativa *de*, 'pero', y otro uso del término *dia*. El paralelismo es antitético.

Estas cláusulas, que están conectadas entre sí al señalar hacia atrás a la primera oración, son teológicamente importantes para lo que el autor está tratando de decir. Sobre la base de su contenido teológico, las cuatro pueden agruparse en dos. Las dos primeras declaran la superioridad del Santuario del nuevo pacto al compararlo implícitamente con el Santuario terrenal hecho por manos humanas y perteneciente a esta creación. Las dos últimas declaran la singularidad de la nueva sangre propiciatoria, poniéndola en contraste, también implícitamente, con la sangre de los animales que se usaban en el antiguo pacto. Los contrastes se expresan de una manera elegante combinando las cláusulas positivas y negativas.

A. Positiva

“por el más amplio y más perfecto tabernáculo”

B. Negativa

“no hecho de manos, es decir, no de esta creación”

B. Negativa

“y no por sangre de machos cabríos ni de becerros”

A. Positiva

“sino por su propia sangre”

Por medio de estas cláusulas subordinadas el contenido teológico de la oración principal se enriquece enormemente. Al hecho de la entrada de Cristo en el Santuario celestial se añade la información de que el Santuario en el cual Cristo oficia como sacerdote es inmensamente superior al terrenal y que la sangre sacerdotal es igualmente superior.

El pasaje no declara que Cristo entró en el Santuario celestial por medio de (o a través de, *dia*) el más amplio y más perfecto Tabernáculo. Aunque *dia* en la primera oración sigue siendo difícil, el problema de interpretación se agrava si se une la cláusula al verbo principal ('entró'). En la primera oración subordinada *dia* debe relacionarse a la primera parte de la oración principal, “pero Cristo entró como sumo sacerdote”. La preposición *dia* 'a través de', podría referirse al medio o la agencia que Cristo usa al llevar a cabo su obra sacerdotal: “Cristo se presentó como sumo sacerdote a través del más amplio y más perfecto tabernáculo”. La misma noción se aplica al uso de la preposición *dia* que introduce el tema de la sangre en la tercera oración. La idea de esta larga cláusula gramatical es que después que se presentó como sumo sacerdote, Cristo usó en su obra sacerdotal un Santuario superior y su propia sangre. Él entró, pues, en ese santuario después de asegurar la eterna redención. Esto está en perfecto acuerdo con lo que se dice en otras partes en Hebreos. La *Nueva Biblia Española* (NBE) ha captado en su acreditada traducción el propósito real del autor de Hebreos: “El Mesías, en cambio, presentándose como sumo sacerdote de los bienes definitivos, mediante el tabernáculo mayor y más perfecto, no hecho por hombres, es decir, no de este mundo creado, y por medio de sangre no de cabras y becerros, sino suya propia, entró de una vez para siempre en el Santuario, consiguiendo una liberación irrevocable”.

D. HEBREOS 9:24, 25

Este pasaje, en particular el versículo 24, ha sido interpretado dando la idea de que el Santuario celestial es el mismo cielo. El pensamiento expresado es el mismo que se encuentra en 9:11, 12: Cristo entró en el Santuario celestial, que sirvió como modelo para el terrenal. Como el original, el celestial es superior. La primera parte del versículo 24 expresa una declaración negativa: Cristo no entró en un Santuario hecho de manos. El sustantivo 'Santuario' es *hagia* sin el artículo definido. El artículo no es necesario porque los modificadores hacen al sustantivo definido. *Hagia* se refiere al santuario como un todo sin referencia a ninguna sección de él. Otra vez el Santuario hecho de manos es comparado con el “verdadero”, destacando la realidad del Santuario celestial (cf. 8:2).

De acuerdo con Hebreos, Cristo no entró en un Santuario inferior, sino “en el mismo cielo”. Aquí no se igualan cielo y Santuario. En la primera parte del versículo 24, *hagia* se refiere a ambos santuarios, al que es “una figura” y al otro que es “el verdadero”. El autor parece haber usado ‘cielo’ así, por razones de estilo. Para evitar seguir usando *hagia*, y en un esfuerzo por ser breve y avanzar al segundo punto del argumento, omite intencionalmente la palabra ‘Santuario’. El contexto ayuda a identificar lo que se omitió. Cristo entro “en el [santuario que está en el] cielo”. En el AT ‘cielo’ se usa como una designación para la morada celestial de Dios, por lo tanto, como el Santuario de Dios está en el cielo, ‘cielo’ puede usarse para referirse a él, sin hacer del cielo el Santuario de Dios. Esta no es una interpretación peculiar del pasaje, sino lo que el autor ha declarado previamente. También concuerda con lo que se entiende en Hebreos referido al Santuario celestial: que es “el verdadero”. En el versículo 25, *ta hagia* designa el Santuario terrenal. El texto habla del Día de la Expiación y se podría sostener que el sustantivo se refiere al Lugar Santísimo; sin embargo, en ese día el sumo sacerdote oficiaba en todo el Santuario y no solo en uno de sus departamentos. En este versículo *ta hagia* debe entenderse como designando el Santuario terrenal en su totalidad. Si el autor de Hebreos hubiera querido referirse al Lugar Santísimo, podría haber elegido la expresión que usa en 9:3

E. HEBREOS 10:19, 20

En el versículo 19 el creyente tiene confianza y libertad para entrar en el Santuario celestial en virtud de la sangre de Cristo. *Ta hagia* no señala a ninguna sección particular del Santuario celestial

sino al santuario en su totalidad. Cristo entró allí y por virtud de su muerte tenemos acceso a él.

En el versículo 20 el velo del templo parece igualarse con la carne de Cristo: “Por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es [*tout'estin*] de su carne”. ‘Esto es’ (*tout'estin*) se usa a menudo en Hebreos para explicar el sustantivo que precede inmediatamente (ver Hebreos 2:14; 7:5; 9:11). Si aquí se usa de la misma manera, *tout'estin* hace el velo equivalente a la carne de Cristo, y una interpretación así crea problemas que la hacen insostenible. Primero, da a entender que para entrar en el santuario, Jesús pasó a través de su propia carne (el velo). Esto no puede aplicarse a su experiencia en la cruz porque pasar a través del velo es algo que tiene lugar en el reino celestial. Por añadidura, el término ‘velo’ se usa de una forma muy concreta y local en el resto de la epístola (6:19, 20; 9:3). No hay evidencia en 10:20 de que el término ‘velo’ se use de una forma metafórica o simbólica.

La locución *tout'estin* también se usa en Hebreos para remitirse a un sustantivo diferente que el que le precede inmediatamente (ver 13:15). Esta ambigüedad permite a *tout'estin*, remitirse a “el camino” el otro sustantivo que aparece en el versículo. En ese caso, el camino de acceso a Dios, a través del velo, es la carne de Cristo, o sea su encarnación, muerte y resurrección. La frase genitiva “de su carne” sería, entonces, un genitivo de dependencia conectado al ‘camino’: “el camino [...], esto es [el camino] de su carne”. Esta interpretación es válida gramatical y contextualmente, y concuerda con la interpretación del Santuario celestial en términos concretos y locales como se presenta en el resto de la epístola.

Apéndice B HEBREOS 6:19, 20

Estos versículos pertenecen a un capítulo que contiene una exhortación a la esperanza cristiana. La frase problemática incluye “hasta dentro del velo” donde entró Jesús. En griego dice, *eis to esoteron tou katapetasmatos* (“en el interior del velo”). Esta frase es similar a la de Levítico 16:2 en LXX: *eis tou hagon esoteron tou katapetasmatos* (“en el santuario dentro-detrás del velo”).

Hay semejanzas obvias, pero al mismo tiempo hay diferencias. La naturaleza más bien general de

la declaración y el contexto inmediato en Hebreos indican que el apóstol ni siquiera estaba sugiriendo que Cristo entró en el Lugar Santísimo inmediatamente después de su ascensión para cumplir el significado tipológico del Día de la Expiación. Los siguientes son puntos vitales para esta interpretación:

1. El término *katapetasma* es ambiguo. Se emplea en LXX para referirse al velo que estaba a la entrada del atrio del Santuario (Números 3:26),

para el primer velo a la entrada del Lugar Santo (Éxodo 26:37) y al velo enfrente del Lugar Santísimo (Éxodo 26:31, 33). Por sí mismo, el término no puede usarse para determinar a cuál de los velos se refiere. En Hebreos 9:3 el término es específico, “el segundo velo”. La falta de especificación en 6:19 indica que la referencia no es al segundo velo, y que el autor no define el área específica del Santuario en la cual entró Cristo.

2. En Hebreos 6:19 se usa la preposición 'detrás-dentro' (*esoteron*) en una forma diferente que en Levítico 16:2, donde especifica un lugar dentro del Santuario como se indica por el nombre 'santuario' (*to hagion*) que la precede. En otras palabras, en Levítico 16:2 'dentro del velo' designa una parte específica dentro del “Santuario”. Por otra parte, en Hebreos 6:19, se usa *esoteron*, no como una preposición, sino como un nombre. Está precedido por un artículo definido, *eis to*, “en el interior del velo” más que “dentro del velo”. En Hebreos 6:19 no hay mención del Santuario; en vez de eso la frase preposicional (*eis to esoteron tou katapetasmatos*) sugiere el Santuario como un todo y no señala a ninguna sección particular dentro del Santuario celestial. 'Velo' podría referirse muy bien al velo de entrada que proporcionaba acceso al Santuario mismo.

3. Que la expresión “hasta dentro del velo” no se refiere al Lugar Santísimo también se infiere al comparar 6:19 con 7:19. Aquí, la antigua ley sacerdotal con sus restricciones se elimina por la introducción de una “mejor esperanza, [...] por la cual nos acercamos a Dios”. El concepto de 'esperanza' está seguido aquí, como en 6:19, por un concepto del culto.

6:19

“Una esperanza”
“que penetra hasta dentro
del velo”

7:19

“Una mejor esperanza”
“por la cual nos acercamos
a Dios”

Hebreos 7:19 esclarece el significado de 6:19. Se entiende que la entrada al interior del velo significa 'acercarse a Dios', frase que se usa en el AT

para describir el servicio de los sacerdotes en el Santuario (Levítico 21:21,23), pero nunca para referirse al ministerio del Sumo Sacerdote en el Lugar Santísimo. La frase se aplica también a la persona que se acerca a Dios en adoración y oración (Isa. 29:13). Según Hebreos, la esperanza en Cristo proporciona acceso al Santuario celestial. El texto no discute el lugar específico dentro del Santuario celestial donde Cristo entró después de su ascensión. Que Cristo entró en el Santuario significa que tiene pleno acceso a Dios.

4. Consideraciones contextuales excluyen la discusión del día antitípico de la expiación en Hebreos 6:19, mientras que en Levítico 16:2 aparece claramente a la vista el Día de la Expiación. En Hebreos 6:13-20 la discusión implica la certeza de las promesas de Dios a Abraham. Como Dios cumplió esas promesas al patriarca, se anima a los cristianos a aferrarse a su esperanza, sabiendo que las promesas de Dios son fiables. Esa esperanza produce seguridad porque está anclada en la misma presencia de Dios, el Santuario celestial, donde entró Cristo como nuestro precursor.

Finalmente, el paralelismo entre 6:19 y 10:19-22 sugiere que en 6:19 el autor pudo haber tenido en mente la entrada de Cristo en el Santuario celestial en el comienzo de su obra sumo sacerdotal.

6:19, 20

Cristo entró
el velo
sumo sacerdote
dentro del velo

10:19-22

Cristo abrió
el velo
sumo sacerdote
acerquémonos

Además, el tiempo verbal aoristo en 6:20, 'Jesús entró' (*eiselthen*), señala a un momento particular en el tiempo cuando entró por primera vez en el Santuario celestial, es decir, después de su ascensión.